

LA CRISI DE LA SOCIALDEMOCRÀCIA

***Recull d'articles publicats al diari El País
entre el 25 de març i el 24 d'abril de 2012***



PRESENTACIÓ

*“Ens hem de tornar a fer les preguntes de sempre,
però estar oberts a altres respostes”*
Tony Judt (“El món no se’n surt”)

Aquestes darreres setmanes, el diari EL PAÍS ha publicat un serial d’articles d’opinió sobre la crisi de la socialdemocràcia que a la Fundació Gadeso ens ha semblat un tema de debat important. Aquest és un assumpte que genera un considerable volum de literatura, però aquest recull d’opinions té, al nostre parer, un doble mèrit: la concisió que, a diferència d’un llibre, un article periodístic obliga i la pluralitat –encara que dintre de la família ideològica de la socialdemocràcia- dels autors.

Els recents resultats de les eleccions a la presidència de la República Francesa segur que incorporaran noves perspectives i altres idees hauran de ser debatudes. En qualsevol cas segur que el debat seguirà. La democràcia i el projecte europeu del segle XXI ho aconsellen.

Rafel Borràs
Fundació Gadeso

1.- ¿Hay futuro para la socialdemocracia?

SOLEDAD GALLEGO-DÍAZ

25 MARZO 2012

La socialdemocracia europea, que pagó la crisis económica y financiera de 2008 mucho más duramente que la derecha, se prepara para unos meses decisivos. Las elecciones presidenciales francesas del próximo abril serán la primera prueba importante, pero donde se juega el futuro, donde se centra toda la atención —y la tensión— es en las elecciones alemanas de 2013. Si el histórico SPD no lograra superar los catastróficos resultados de 2009 y no pudiera formar Gobierno, aunque sea en coalición, los sueños de los otros partidos de impulsar en la Unión Europea un cierto cambio de política y de promover un renacimiento de la izquierda democrática sufrirían un duro golpe. Una victoria de François Hollande sería acogida con alborozo, como una posible señal de cambio de tendencia o como una inyección de ánimo, pero solo el regreso al poder de los socialdemócratas alemanes, mucho más influyentes en la izquierda europea, representaría el fin de la travesía del desierto.

La socialdemocracia está en ebullición en casi toda Europa. Proliferan los *think tanks*, las fundaciones, los blogs y los grupos de debate en los que se intenta poner en marcha programas e iniciativas y donde, sobre todo, se aspira a recuperar el optimismo e identificar los más pequeños “brotes verdes” de su ideología. La debacle de los últimos años fue tan imponente (perdieron el Gobierno en prácticamente todos los países en los que tenían el poder, desde Suecia a Grecia, pasando por Alemania, Francia, España y Reino Unido) que lo primero es convencerse ellos mismos de que el declive no es algo definitivo. El Proceso de Ámsterdam, The Next Left, The Good Society son solo algunos de esos centros de discusión, que se van extendiendo por toda la UE, incluida España, donde, además de la [Fundación Ideas](#), que dirige Carlos Mulas, han empezado a aparecer otros foros más pequeños. Un grupo de 25 jóvenes militantes y simpatizantes del PSOE acaba de lanzar, en medio de la dramática campaña electoral andaluza, [un blog que quiere alimentar el debate](#).

Lo primero es animarse, pero lo segundo es lograr que el electorado comience a pensar que la derecha no es tan buena gestora de crisis como se cree. “Angela Merkel y Nicolas Sarkozy no llegaron al poder como reformadores neoliberales, sino como mejores gestores que la socialdemocracia. Ahora, los electores se dan cuenta de que no basta con estar en contra del socialismo. El tiempo está ahora de nuestro lado”, asegura a EL PAÍS Pär Nuder, exministro sueco de Economía y animador del debate en su propio país.

¿Si la socialdemocracia ocupara algún día el Gobierno en la mayoría de los 27 países de la Unión Europea sería capaz de presentar un programa común? Difícilmente, porque existen *familias* ideológicas, intereses y enfoques diversos. Aun así, los integrantes del Partido Socialista Europeo anunciaron hace poco una iniciativa sin precedentes: en las próximas elecciones europeas (mayo-junio de 2014) presentarán un candidato único a la presidencia de la Comisión. Esta vez, aseguran, evitarán el bochorno de las elecciones anteriores, cuando los socialistas británicos, portugueses y españoles apoyaron al candidato de la derecha, José Manuel Durão Barroso.

Quizás en la próxima campaña europea sea posible que los distintos partidos socialdemócratas elaboren una lista de objetivos compartidos, aunque prácticamente todos reconocen que la única manera de dar un cierto giro a la política de austeridad no es ganar las elecciones europeas, sino, sobre todo, lograr que sea el SPD el que pilote la salida de la crisis. Toda la socialdemocracia de la UE examina con atención la agenda europea de sus colegas alemanes. En París y en el sur suenan bien los

llamamientos del presidente del SPD, Sigmar Gabriel, que comparte el liderazgo de su partido con otros dos políticos, Frank-Walter Steinmeier y Peer Steinbrück, a promover “un pacto para el crecimiento”. O su manera de recordar que el SPD nunca ha sido partidario de una economía dirigida por el Estado, pero tampoco de un “capitalismo salvaje”.

Lo que parece bastante claro es que son muy pocos los socialdemócratas europeos que defienden una “vuelta atrás” y un abandono de lo que se llamó la Tercera Vía, de Tony Blair, o la Neue Mitte, de Gerhard Schröder. “Cada vez que hemos pensado que la solución estaba en lo que llaman ‘un regreso a los principios’, nos hemos quedado veinte años en la oposición”, comenta, con ironía, un exministro socialista español.

“Yo me considero un socialdemócrata *revisionista*”, afirma Olaf Cramme, presidente del *think tank* Policy-Network. “Creo en la ‘misión central’ de la socialdemocracia, pero reconozco que es necesario revisar, evaluar continuamente las maneras de conseguir ese objetivo progresista y, si es necesario, modernizar esos medios”. La socialdemocracia, admite, ha fracasado en su objetivo de reducir la desigualdad, pero “la retórica altisonante y una fe ciega en la redistribución a veces nos ha hecho más mal que bien”. Según Cramme, reducir la desigualdad requiere “decisiones difíciles y una aproximación no dogmática” al problema.

Pär Nuder no se siente cómodo con la definición de “revisionista”. “Yo me siento un típico socialdemócrata escandinavo: alguien que cree firmemente en la interdependencia entre el crecimiento económico y el desarrollo, por un lado, y la seguridad social y la igualdad, por otro”. Nuder no confía demasiado en un giro europeo. “Toda la política es local, algo que parecen haber olvidado en Europa”, afirma. “Los problemas de Europa no se resolverán a nivel supranacional, sino que cada país debe hacer sus deberes”, añade.

El exministro sueco se muestra irritadísimo con Grecia y con sus niveles de corrupción, equiparables a Malawi o Sri Lanka. Y pone como ejemplo a Suecia, que se encuentra en mejor situación que otros países de la UE porque su modelo social ha sido modificado para ser capaz de abordar la globalización. “Debemos construir una gobernanza global para abordar problemas globales, pero las nuevas instituciones no resolverán la falta de confianza que ahora existe en las instituciones nacionales. La confianza social debe ser recompuesta”, insiste.

Nuder cree que la socialdemocracia ganó la guerra sobre el Estado de bienestar, pero que perdió la batalla sobre cómo manejarlo. “El paro y una seguridad social debilitada son las principales razones de la desigualdad y de las brechas sociales. Hablar de igualdad de oportunidades es una mala excusa para no abordar el paro o para no fortalecer la seguridad social”, clama. Su partido acaba de elegir como nuevo líder a un dirigente del poderoso sindicato del metal, Stefan Löfven, partidario de un enfoque parecido.

Ernest Stetter, secretario general de la [Foundation for European Progressive Studies \(FEPS\)](#), admite que la familia progresista europea es diversa, con un pluralismo que refleja distintas procedencias, “así que compartimos valores básicos, pero diferimos en cuanto a la aplicación de las políticas para lograr esos objetivos”. Para Stetter, la Tercera Vía británica fue un intento de adaptar la socialdemocracia para que respondiera a las necesidades de una sociedad posindustrial, pero quiere “ir más allá de clasificaciones estrechas”. “Necesitamos desesperadamente un modelo social europeo que incorpore una nueva mirada sobre el Estado del bienestar”, asegura.

“El mundo no volverá a ser como era antes de 2008”, mantiene Stetter, “pero lo que está en juego ahora es el histórico contrato social entre el mundo del dinero y el del trabajo, el mundo de un trabajo decente y un cuidado (una seguridad social) asumible”. Según el secretario general de la FES, “no se trata de doblegar al capitalismo

financiero, sino de cambiarlo, y creo que la socialdemocracia está ganando otra vez credibilidad e inspiración en ese camino”.

Matt Browne, investigador titular del [Center for American Progress](#), cree que una aproximación “revisionista” de la Tercera Vía es la más adecuada hoy día. Aunque admite que “hubo una visión demasiado benevolente de la globalización y quizás se insistió demasiado en adaptar nuestros países para que la gente se beneficiara de esa globalización, sin insistir lo suficiente en la necesidad de instituciones globales para manejar esa globalización colectivamente”.

Browne cree que la socialdemocracia sigue siendo demasiado “estatalista” en cuanto a las políticas sociales y achaca a ese problema la derrota de Gordon Brown y el éxito del conservador David Cameron en Reino Unido. “Los laboristas han estado demasiado preocupados por hacer cosas para la gente en lugar de habilitar a la gente para hacer esas cosas por ellos mismos”. Quizás por eso, los laboristas británicos de Ed Miliband han lanzado la idea de la Good Society (Buena Sociedad) frente a la Big Society (Gran Sociedad), el programa con el que ganó Cameron.

“La Big agenda debió ser nuestra”, mantiene Browne, para quien los partidos ya no lideran a las sociedades, sino que son instrumentos que ayudan a los ciudadanos. “A la socialdemocracia le ha ido mal porque ha sido incapaz de crear una agenda post-Tercera Vía convincente”, concluye. “Aunque la realidad hoy día es que el programa de austeridad de la derecha no funciona y que es la derecha la que está en crisis. Dejemos de hablar de la supuesta enfermedad de la socialdemocracia”. El neoliberalismo es el que ha descarrilado, por su dependencia excesiva de los servicios financieros.

La agenda socialdemócrata europea habla hoy día más de “capitalismo decente” y de “capitalismo responsable” que de modelos económicos alternativos o de proclamas programáticas. Huye de modelos anteriores, con una defensa a ultranza del papel del Estado. “En cierta forma”, explica Stefan Berger, profesor de historia Europea en la Universidad de Manchester, “la socialdemocracia se ha presentado como la que mejor podía manejar el capitalismo y la que podía lograr sociedades más justas y equitativas dentro de ese capitalismo” mediante la redistribución. El problema es que no consiguen reformular esa visión de cara al futuro, mantiene. Y que hay mucha prisa en conseguir diseñar la nueva estrategia, capaz de atraer el voto de amplios sectores sociales, si realmente la derecha demuestra que no es capaz de encontrar la salida a la crisis sin un coste social insoportable.

Los partidos socialdemócratas, como el SPD alemán, los laboristas británicos, el PSOE español o el SAP sueco se convirtieron ya hace tiempo en “catch-all parties”, una denominación ya clásica para definir ofertas electorales que atraen a votantes de distintas y amplias capas sociales. “Incluso en circunstancias sociales tan alteradas como la actual, la socialdemocracia trata de crear alianzas programáticas entre la clase media preocupada por la solidaridad, por un lado, y los trabajadores y los más desfavorecidos de la sociedad, por otro”, mantiene Julian Nida-Rümelin, influyente filósofo alemán, en un trabajo para la Fundación Ebert, y eso ha sido compatible hasta ahora con su voluntad de ser “catch-all parties”.

“No hay ninguna base a la que volver ni principios eternos que cuidar”, escribe el ministro de Asuntos Exteriores australiano, el laborista Bob Carr. La debacle de Wall Street, asegura, no ha provocado una nueva fe en la socialdemocracia, pero lo cierto es que, en la mayoría de las ocasiones improvisando y casi por intuición, esa socialdemocracia ha logrado frenar las mayores desigualdades. “Dejemos de pensar en grandes ideas”, propone, y dediquémonos a resolver los problemas cotidianos de la gente. “Ese es un buen camino”.

Stewart Wood, asesor del líder laborista británico, Ed Miliband, defiende también que solo los socialdemócratas tienen los valores para hacer que el capitalismo se comporte de manera “decente”. “Deberíamos estar orgullosos de actuar como el freno de esos excesos, de haber peleado por un capitalismo responsable, defendiendo salarios mínimos, inversiones en sanidad y en educación, servicios públicos eficaces...”. “Tenemos que transmitir optimismo sobre lo que la política puede conseguir”, asegura.

José María Maravall, destacado sociólogo y exministro socialista español, prepara precisamente un nuevo libro en el que mantiene que la igualdad ha sido la promesa más característica de los programas de los partidos socialdemócratas europeos, la que más beneficio electoral les ha aportado y que, sin embargo, durante los Gobiernos socialdemócratas la desigualdad no se redujo. Pese a todo, “la diferencia entre los efectos distributivos de la socialdemocracia y la derecha es muy acusada si se analizan sus años de gobierno”, explica Maravall. “Los Gobiernos de derecha incrementaron mucho las diferencias entre el sector más rico y el más pobre. Cuando gobernó la socialdemocracia se atenuó esa desigualdad, aunque la reducción es mucho menos acusada que el incremento que provoca el gobierno de la derecha”. La socialdemocracia redistribuye poco, menos de lo que promete, pero los liberales redistribuyen mucho menos, demuestran las estadísticas analizadas.

La respuesta al problema de la desigualdad (que es distinta a la discriminación) sigue siendo la mayor dificultad con que tropieza la socialdemocracia, porque se trata de un principio fundamental de la izquierda, pero que está ligado también al principio del crecimiento económico. La socialdemocracia evade la respuesta a los cambios que deben ser introducidos para luchar contra la desigualdad porque implica modificar el Estado del bienestar, advierte Maravall. “Igualdad de trato no significa redistribuir”.

Con el “capitalismo desatado”, prácticamente todos los partidos socialdemócratas europeos creen que se les abren nuevas posibilidades electorales. Los cambios a nivel nacional pueden ayudar a que la Unión Europea diseñe programas de crecimiento, pero la mayoría de los dirigentes socialistas europeos aceptan al mismo tiempo que es imprescindible una disciplina fiscal estricta, que promueva el equilibrio y una reforma del Estado de bienestar. “Un vez más, volveremos a gobernar y lo haremos en momentos en los que haya que tomar decisiones difíciles”, anuncian los laboristas británicos. “La crisis europea es mucho más que un asunto de déficit y de deudas. Tiene mucho que ver con la falta de confianza social”, advierte Pär Nuder.

2.- Los deberes actuales

JOSÉ MARÍA MARAVALL

27 MARZO 2012

Los partidos socialdemócratas en la oposición se enfrascan en ocasiones en disputas retóricas y dudas existenciales que parecen reflejar deseos de permanecer fuera del poder por largo tiempo. El Partido Laborista británico, tras su derrota por Margaret Thatcher en 1979, creyó que su futuro pasaba por recuperar unos principios perdidos. Se embarcó en una travesía del desierto que duró 18 años. Lo mismo sucedió con el SPD tras salir del Gobierno en 1982: el sueño de volver a unas esencias supuestamente traicionadas le costó esperar 16 años. Y las identidades recuperadas se llamaron Tony Blair y Gerhard Schröder, no precisamente una vuelta a esos principios y esas esencias.

Pero conviene, de entrada, desmontar algunos juicios sobre los partidos socialdemócratas. La decadencia —tal vez terminal— de la socialdemocracia fue un diagnóstico frecuente en los años cincuenta, setenta y ochenta del siglo pasado. Se trató, por lo general, de juicios frívolos. Comparemos tres periodos: de 1945 a 1960, de 1961 a 1980, y tras 1980. Los porcentajes de voto de los socialdemócratas fueron respectivamente 32,5; 31,6; 31,0. Los años en que estuvieron en el Gobierno fueron un 54% del total durante el primer periodo, un 53% durante el segundo y un 56% durante el tercer periodo*. No exactamente un colapso, al menos en términos de poder.

Otra cosa distinta es qué hicieron desde el Gobierno. La socialdemocracia ha señalado que su objetivo no consiste en ocupar el poder sin más —aunque multitud de socialdemócratas parezcan querer demostrar lo contrario—. Aquí es donde deben aclarar no solo sus principios sino los medios para alcanzarlos, ya que los tiempos y las circunstancias son cambiantes. Aquí es donde tienen muchos deberes por hacer, sin que sirvan palabras retóricas o exhortaciones huecas. En particular respecto de tres principios que les han guiado durante mucho tiempo: la igualdad entre los ciudadanos, el bienestar material de la sociedad y la democracia.

Atendamos primero a la igualdad. Bobbio tiene razón cuando señala que ese ha sido su principio más distintivo y perdurable. Tras 1945, con un solo año de los socialdemócratas en el poder, la desigualdad entre el 10% más rico y el 10% más pobre fue de 3,61; con cuatro años, se redujo a 3,11; con 30 años, a 2,58. En el periodo supuestamente más hostil para la socialdemocracia, el que arrancó en los años ochenta, las diferencias redistributivas entre Gobiernos de izquierda y de derecha se incrementaron. Pero ello se debió sobre todo a que los últimos concentraron mucho la renta en los grupos con mayores ingresos —los socialdemócratas estuvieron mucho más a la defensiva, mitigando daños—.

Los socialdemócratas tienen deberes en este terreno. Nada tiene que ver la igualdad con déficits presupuestarios ni con el gasto por el gasto. Es cierto que sus ajustes económicos han solido basarse en aumentos de la presión fiscal, frente a simples recortes del gasto público, perjudiciales para los grupos de ingresos bajos. Pero tales aumentos tienen sobre todo sentido si también reducen la considerable desigualdad horizontal entre individuos que con la misma renta pagan impuestos de muy distinta cuantía —por deducciones fiscales, operaciones de ingeniería fiscal o simple fraude—. Sucede además que en los países de la OCDE menos de la mitad del gasto público beneficia más al 50% de la población con menores ingresos. Por tanto, caben recortes del gasto público que no sean dañinos desde el punto de vista de la igualdad.

La socialdemocracia arrastra desde 1945 una contradicción en sus políticas de gasto: la que existe entre universalismo y redistribución. Lo primero significa no discriminar —

pero ello supone también tratar por igual a los desiguales—. Lo segundo requiere concentrar más las políticas en quienes tienen menos recursos —pero con un peligro de estigmatización—. Es necesario redefinir las políticas de igualdad evitando ambos riesgos: en las democracias todas las personas adultas son ciudadanos, pero los socialdemócratas no tienen por qué defender que las políticas igualitarias traten por igual a los que son desiguales.

Sigamos con el bienestar material. Desde la mitad de los años ochenta, los Gobiernos de la derecha han generado un crecimiento algo superior a los socialdemócratas: 2,3 frente a 2,1. Estos han mimetizado con frecuencia las recetas económicas de la derecha. No se trata de volver a lo que Fernando Henrique Cardoso ha llamado “utopías regresivas”, pero sí de desarrollar políticas de oferta en las que el Estado promueva el desarrollo invirtiendo en capital físico, en educación y formación, incrementando la productividad de los factores. Así fueron las políticas de Olof Palme en Suecia y de Felipe González en España desde 1982. Ello no significa recurrir a déficits ni gastar lo que no se ingresa; sí optar por unos programas a costa de otros.

Aquí los socialdemócratas tienen deberes ingentes. Tienen que tener un programa propio que promueva el crecimiento, la competitividad y la creación de empleo. No pueden esperar que sea más popular un programa que ofrezca 7 para los ricos y 4 para los pobres que otro que ofrezca 10 para los ricos y 5 para los pobres. Los pobres querrán 5, no 4; su bienestar será mayor aunque la desigualdad aumente. Tienen que defender los mercados abiertos —de ellos surgió el Estado de bienestar del norte de Europa, como protección, políticas activas de empleo y, por utilizar un término puesto de moda, flexibilidad—.

Es cierto que la movilidad de capitales actual no tiene precedentes, pero se dirige allí donde exista un equilibrio macroeconómico en los ingresos y los gastos públicos (sean ambos altos o bajos), en la inflación, en la balanza comercial y de pagos, allí donde no se produzca un desfase entre productividad y salarios, y allí donde la estabilidad fiscal permita prever el futuro. Todo esto es compatible con la socialdemocracia —son hoy requisitos instrumentales para alcanzar sus fines.

Termino con la democracia. Una y otra vez los políticos europeos declaran que “no hay que tener miedo a transferir soberanía”. Pero esa soberanía no les pertenece a ellos, sino a sus pueblos. Y no se sabe a quién se va a transferir. Se pide “más Europa”, pero las instituciones europeas han brillado por su debilidad y por hacer dejación de sus competencias. El Parlamento Europeo no ha supuesto un control democrático por parte de los ciudadanos, que han carecido de poder para castigar o premiar a los dirigentes. Sí, por lo general, han castigado a los Gobiernos nacionales de turno en la presente crisis, pero sabiendo que los responsables eran otros, no elegidos por ellos.

Esta es una cuestión difícil de resolver. La ingeniería política europea ha caminado en dirección opuesta a lo que reclamaba Jean Monnet: una política europea que los ciudadanos pudieran entender y de la que estuvieran informados. Se habla de una mayor gobernanza europea, pero no se sabe qué quiere decir ni si es acaso posible con la diversidad de intereses y los desequilibrios existentes. Se habla de un ministro del Tesoro —con una tarea necesaria, pero ignorando el papel de los ciudadanos en su elección y en su control—. Los socialdemócratas no pueden ignorar que la presente crisis afecta en Europa no solo a un euro cuyo diseño fue insensato, sino a unas democracias subordinadas. Es sin duda crucial dar pasos decisivos en la construcción de un partido socialista europeo de verdad, con candidatos propios a los cargos ejecutivos. Ello podría generar unas políticas distintas y, tal vez, evitar que criterios nacionales y burocracias supranacionales socaven los fundamentos de la Unión Europea y de las democracias que la componen.

No existen fórmulas milagrosas que resuelvan estas cuestiones: los socialdemócratas tienen muchos deberes por hacer.

** Los datos de este artículo se refieren a Alemania, Australia, Austria, Bélgica, Dinamarca, España, Finlandia, Francia, Grecia, Holanda, Islandia, Irlanda, Israel, Italia, Japón, Luxemburgo, Noruega, Nueva Zelanda, Portugal, Reino Unido y Suecia.*

José María Maravall es sociólogo y exministro socialista de Educación.

3.- La diferencia socialdemócrata

JORDI SEVILLA

30 MARZO 2012

Sigo esperanzado por las posibilidades de mejora que puede representar, en este mundo convulso y desigual, una opción socialdemócrata consecuente. Preocupado, porque llevamos demasiado tiempo librando batallas equivocadas que han acabado por confundirnos a nosotros mismos, pero convencido de que los problemas de la sociedad actual, en plena efervescencia de transformación, solo encontrarán solución equitativa y democrática de la mano de políticas fundamentadas en valores socialdemócratas. Valores que no están en crisis, aunque muchos duden de que haya voluntad real de defenderlos por parte de algunos políticos socialdemócratas que, ellos sí, están en crisis aguda de credibilidad, en medio de un serio problema general de saber para qué sirve hoy la política.

En pleno asalto a la razón desde fundamentalismos varios, la diferencia socialdemócrata consiste en la defensa, hasta sus últimas consecuencias, de los principios de la Ilustración y por su orden: libertad, igualdad, fraternidad, pero tomados en serio. Con flexibilidad en los medios necesarios para conseguirlos en una realidad con demasiadas respuestas obsoletas y muchas preguntas aún sin contestación. Pero con firmeza en el apego a objetivos tan dignos como la aspiración a vivir en una sociedad mejor y más justa, que estimule ciudadanos felices como pedía la Constitución de Cádiz.

Libertad entendida como libertades políticas, pero también como la posibilidad real de que los individuos puedan llevar a cabo, en sociedad, sus proyectos de vida libremente elegidos, removiendo todos los obstáculos artificiales como los de posición social, género, raza o religión que lo dificultan. Igualdad sustancial de oportunidades para que cada uno pueda aportar según sus capacidades, volviendo a introducir el valor de la responsabilidad individual junto a la garantía social de una cobertura de necesidades básicas centrada en los menos favorecidos. Fraternidad, como argamasa que dota de identidad común a un colectivo que comparte los mismos derechos y obligaciones, proporcionando un sentido individual de pertenencia a una ciudadanía constitucional.

La diferencia socialdemócrata debe consistir en mantener, en medio del escepticismo general, la convicción y la práctica de una acción colectiva consciente basada en la razón y no en las pasiones, ni en los sentimientos. Hay que hacer política con el corazón, pero desde la razón. Porque solo desde la razón dialogada podemos reclamar una democracia que funcione, que resuelva de verdad los problemas en lugar de bloquearlos y que gestione las discrepancias desde principios distintos del "y tú más", combinando el acuerdo transversal en unas cosas, con la confrontación en otras, para reducir los condicionantes impuestos por los mercados o la partitocracia, enfermedad que transforma a los partidos en instrumentos interesados solo en conseguir cuotas de poder institucional, del que se apropian los fieles al mando de turno.

La diferencia socialdemócrata debe hacer compatible la propiedad privada y la superioridad técnica del mercado, con la defensa del Estado y el cumplimiento de otros objetivos de responsabilidad social corporativa. Refundando el capitalismo sobre la base de no confundir derechos con mercancías, ni valores bursátiles con valores morales, ni competencia con darwinismo, ni empresas con negocios; exigiendo una regulación efectiva de los mercados financieros mundiales, el fin de los paraísos fiscales, y una gobernanza de la globalización económica; dejando claro que la admiración por el *milagro* económico de algunos países emergentes no debe hacernos

olvidar que, en muchos casos, se explica por ausencia de democracia y por una sobre-explotación, humana y medio ambiental, que repudiamos.

Los impuestos deben ser progresivos. Pero el gasto no puede ser lineal, sino en función de las posibilidades

La diferencia socialdemócrata debe recuperar un fuerte componente humanista en su acción política. Queremos transformar la sociedad para que los individuos concretos puedan tener una vida más plena y satisfactoria. Y eso tiene que ver con principios materiales (trabajo, renta básica, oportunidades, seguridad vital) pero, también, con valores éticos (educación, cultura, medios de comunicación, criterios de éxito social) cuya urgencia es evidente con solo observar como transcurre un día cualquiera en la mayoría de suburbios de las grandes ciudades.

La diferencia socialdemócrata consiste en recuperarla como proyecto de transformación social que participa en las elecciones y en el poder institucional, pero los trasciende en medio de una acción hegemónica más completa y compleja que incluye el ejemplo como método. Eso significa, entre otras cosas, rechazo absoluto a cualquier tipo de corrupción y abuso, preocupación por cómo convencer a los ciudadanos y no tanto por vencer al adversario en las urnas, así como un partido que combine eficacia organizativa con respeto a la discrepancia y a la democracia interna. Menos líderes mediáticos y eslóganes de marketing electoral y más debates sobre propuestas, con órganos colegiados de dirección que fomenten una participación interna y externa amplia, incluidas las nuevas redes sociales.

La diferencia socialdemócrata contempla que la redistribución de renta, riqueza y oportunidades es una pieza esencial de su identidad, que se hace tanto desde los ingresos públicos (impuestos progresivos), como desde el gasto (no lineal, sino en función de las posibilidades). Pero está implicada en la revisión permanente de la eficacia de los instrumentos, incluida la Administración y los servicios sociales, así como en la evaluación de las políticas públicas, para reformar todo aquello que no funcione adecuadamente. Y, desde ahí, promueve unas instituciones del euro que hagan compatible los compromisos de déficit con los objetivos de crecimiento y la necesidad de un auténtico Banco Central que combata la especulación financiera contra los países.

La diferencia socialdemócrata ha cambiado la vieja clasificación de individuos en clases sociales incompatibles, por la de ciudadanos con algunos intereses comunes y, otros, confrontados. Y defiende la economía productiva, creadora de verdadera riqueza, frente a la economía depredadora, arquitecta de burbujas especulativas. La diferencia socialdemócrata hace autocrítica de lo hecho ante la presente recesión. Sobre todo, por contribuir a que los ciudadanos coloquen la política como tercer problema del país y a los partidos como institución peor valorada. No es solo cuestión de hacer otra política, sino de hacer política de otra manera. Para que los ciudadanos perciban y valoren esas diferencias que son el principio esperanza de que las cosas no solo deben, sino que pueden, ser diferentes y mejores para todos. Porque sí, juntos podemos.

Jordi Sevilla fue ministro socialista de 2004 a 2007. Acaba de publicar 'Para qué sirve hoy la política. Una democracia para escépticos'.

4.- La recuperación de la política

FERNANDO VALLESPÍN

1 ABRIL 2002

En una entrevista conjunta que François Hollande y Sigmar Gabriel dieron al *FAZ* y a *Libération* el pasado 16 de marzo, encontramos algunas perlas que nos ponen sobre la pista del nuevo discurso socialdemócrata. Lo más reseñable puede que sea esta manifestación programática que refiere el político alemán: “Mientras que la Sra. Merkel dice que está a favor de una democracia acomodada al mercado, nosotros creemos que lo adecuado es justo lo contrario: debemos crear mercados que sean conformes a los dictados de la democracia”. O, lo que es lo mismo, no es la política la que debe adaptarse a la economía, sino ésta a aquélla. Y, añade Hollande, no una política cualquiera, sino una imbuida de valores como la justicia y la honestidad, y asentada sobre una nueva comprensión del crecimiento, que debe ser solidario y sostenible.

Hasta aquí bien, es difícil no compartir estos principios. No parece que la crisis de la socialdemocracia se explique, pues, porque sus ideales de siempre se hayan desvanecido y no encuentren ya el eco de antaño. Si hoy no se halla en una situación particularmente boyante no es ya tanto porque el individualismo rampante o el irreductible pluralismo de formas de vida hubieran subvertido su clásico discurso de la igualdad y la cohesión social, aunque sin duda lo hayan erosionado. La respuesta está más bien en otro lado, en no haber sabido articular un discurso coherente en torno a los *medios* adecuados para alcanzarlos. Es lo que Tony Judt, un socialdemócrata convencido, criticaba de ella al referirse a su “irresponsable grandiosidad retórica”, el perseguir grandes fines, pero sin una auténtica vocación para realizarlos. Y, en efecto, aunque su historia como partidos de gobierno ha dejado indudables logros sociales, no ha podido evitar el desgaste que significa su siempre directa participación en la gestión sistémica, su subordinación a dictados más pragmáticos que utópicos.

Al borrarse la dimensión utópica de sus propuestas e identificarse al sistema de la política establecida, los partidos socialdemócratas están mostrando una gran incapacidad para canalizar el nuevo activismo político. Esta es una de sus grandes diferencias respecto a lo que vimos con el fenómeno Obama inicial, que supo integrar en su curiosa *coalition of the willing* a una heterogénea masa de grupúsculos, desde el movimiento sindical, pasando por los verdes o las feministas. Es obvio que un partido político europeo lo tiene bastante más difícil que un novedoso candidato presidencial estadounidense, más capaz de generar la adhesión del nuevo pluralismo social a su proyecto. Luego muchos rectificarían, pero en un principio no lo vieron como parte del orden político establecido, mientras que un partido, por muy progresista que se presente, es, casi por definición, una parte de aquello frente a lo cual se movilizan. Lo hemos visto en movimientos como el 15-M o en toda la miríada de grupos que buscan refugio en ONGs o en una miscelánea de organizaciones más o menos laxas de acción política y social.

El futuro de la socialdemocracia pasa indefectiblemente por buscar formas de seducir a los representantes de estas nuevas sensibilidades políticas y ser capaces a la vez de recuperar los votos perdidos o idos a la abstención. El hecho que han de afrontar con urgencia es que ya no tienen la masa de votos cautivos de épocas anteriores. La volatilidad del voto está aquí para quedarse y no se puede contar ya con el voto identitario que sostenía a la socialdemocracia tradicional. Hoy más que nunca los votos han de ganarse, no darse por supuestos. Esto es lo que muchos de estos partidos no han sabido calibrar. Al convertirse en partidos *atrápalo-todo* consiguieron ir más allá de su grupo de referencia electoral, pero no fueron consecuentes a la hora de combinar la fidelización de los excautivos y la apertura a otros grupos sociales. Ahora

se ven obligados a labrarse un espacio en sistemas de partidos cada vez más fraccionados y ante una dificultad creciente por moverse en sectores sociales distintos.

Contrariamente a lo que ha ocurrido hasta ahora, puede que esta fase de la crisis se convierta, al fin y al cabo, en su gran oportunidad. Sobre todo si las medidas propiciadas por Merkel no producen el efecto esperado. Aquí, como hemos visto al comienzo, las bases de su discurso pivotan sobre la necesaria vuelta de la política y la recuperación de la capacidad de decisión ciudadana. “¿Quién decide sobre cómo hemos de vivir juntos en Europa? ¿Wall Street y la City de Londres, o ciudadanos con políticos electos?” (S. Gabriel). Obsérvese que el punto de referencia es Europa, la condición de posibilidad imprescindible para ese pretendido disciplinamiento de los mercados, el único horizonte a través del cual puede recuperarse la gobernabilidad perdida. Sólo a través de ella deviene factible la capacidad de acción necesaria para imponer medidas como los Eurobonos, el impuesto sobre las transacciones financieras, el control de las agencias de calificación o las restricciones al capital especulativo.

La elevación del foco nacional al supranacional permitiría así recobrar buena parte de la credibilidad perdida por la socialdemocracia en cada uno de los Estados aislados. No en vano, el punto más débil de su discurso se encontraba en la constatación del contraste entre lo que proclamaba como necesario y los medios disponibles para llevarlo a cabo. Con un Estado en retirada y anoréxico es difícil imaginar la implementación de reformas progresistas e incluso el mantenimiento de los logros sociales adquiridos. Frente a esta situación sólo caben dos salidas, o una estrategia de movilización de la sociedad civil en la línea de la *Good society* que propone el partido laborista británico, o el reforzamiento de la política que ofrecería una gobernanza europea digna de ese nombre. Y esto último sólo parece creíble desde la socialdemocracia, ya que es la única opción política europea que goza de una familia de partidos con capacidad para actuar de forma coordinada a nivel continental.

Paradójicamente, esta presunta fortaleza de la socialdemocracia se convierte también en su gran debilidad. Una cosa es tomar conciencia de cuáles son las condiciones para recobrar la gobernabilidad, y otra distinta es ser capaces de venderlas a electorados crecientemente escépticos hacia el proyecto europeo. Tanto se ha malogrado Europa en su continua deriva intergubernamental, que invertir esta tendencia se ha transformado en una tarea casi imposible. De ahí que sus grandes antagonistas sean hoy las predisposiciones populistas que se arraigan en la rehabilitación de los enfoques nacionalistas, la desconfianza hacia la integración europea y el desprecio de la política establecida. Y este último rasgo, el descrédito y la desconfianza casi generalizada hacia la política, puede que sea el mayor obstáculo que hayan de sortear. La cuestión que aquí se abre es si hay otra forma de hacer política que sea distinta de la habitual. Y esto parece tanto más necesario cuanto más se reivindica su vuelta en tiempos de crisis.

Puede que esto último sea lo que informe la actual insistencia de Hollande y otros por subrayar la dimensión de la *honestidad*. No sólo como un atributo de rectitud moral, que también, sino como un rasgo que limita la tendencia de los políticos a entrar en una subasta de promesas que saben que luego no pueden cumplir. Decir la verdad y proyectar el ideal de la “sociedad decente” empezando por el propio partido y sus propuestas; un partido mucho más abierto ahora a la participación e integración de sus simpatizantes y, en general, a cuantos comparten la necesidad de recuperar la dimensión de lo público como prerrequisito para encontrar la solución de los principales problemas sociales. En el fondo sigue latiendo la vieja aspiración socialdemócrata de convertirse en la casa común de la izquierda; o, al menos, de quienes no se resignan a aceptar que la política siga al arrastre de los mercados.

Fernando Vallespín es catedrático de Ciencia Política. Universidad Autónoma de Madrid.

5.- La opinión pública de la izquierda

IGNACIO URQUIZU
3 ABRIL 2012

Cada vez que se abre una reflexión sobre la socialdemocracia, gran parte del debate se centra en su contenido ideológico. En cambio, se presta muy poca atención a los ciudadanos. Pero tan importante es desarrollar un proyecto de izquierdas, como saber qué piensan los progresistas. Conocer sus perfiles sociodemográficos y sus preferencias políticas es muy útil para desarrollar una estrategia que permita alcanzar el poder. Esto no significa que todo valga para ganar unas elecciones. Pero si los partidos socialdemócratas no son capaces de representar a la mayoría social, el mejor de los proyectos políticos no pasará de ser una ilusión.

Si miramos las encuestas, vemos que, aunque son muy pocos los gobiernos progresistas en Europa, la mayoría de los europeos se definen de izquierdas. En el último Eurobarómetro disponible de 2011, los ciudadanos de la Unión Europea se posicionan mayoritariamente en los espacios ideológicos de la izquierda: un 24,8% frente a un 21,2% que se sitúan en la derecha.

En el caso de España, las cifras también favorecen a los progresistas. En la Europa de los 27, nuestro país es uno de los que tiene el mayor porcentaje de personas que se ubican en la izquierda y en la extrema izquierda. Además, si analizamos la relación entre progresistas y conservadores, vemos que por cada español de derechas, hay tres de izquierdas. Es la mayor ventaja para la socialdemocracia en toda Europa.

La mayoría social progresista no es algo reciente en España. Los anclajes ideológicos en una sociedad cambian muy lentamente. No obstante, lo que sí ha variado es el perfil sociodemográfico. En los 80, la edad media de los que se declaraban de izquierdas era 40,3 años y casi la mitad de ellos se situaban entre 18 y 35. Si vamos a la encuesta preelectoral del CIS de 2011, vemos que han envejecido respecto a entonces: su edad media es de 45,9 y sólo el 32,4% de los progresistas tienen entre 18 y 35 años.

Otro cambio relevante es su nivel educativo. En la actualidad, los progresistas están mucho más formados que en los años 80, cuando sólo el 11% habían llegado a la universidad, mientras que el 70,2% habían finalizado, como máximo, sus estudios primarios. En 2011, no sólo se ha reducido en 16 puntos el peso de las personas con estudios primarios que se declaran de izquierdas, sino que, además, más del 27% declara tener estudios universitarios. Por lo tanto, son ciudadanos mucho más exigentes tanto con el proyecto como con los dirigentes políticos que quieran representar la opción socialdemócrata.

Pero la sociedad española no sólo se define mayoritariamente de centro-izquierda, sino que además sus preferencias económicas son más próximas a las posiciones progresistas. En el último estudio del CIS sobre política fiscal de 2011, se pregunta a los entrevistados sobre qué recortes presupuestarios rechazan. El 88,3% está en contra de reducir el gasto social. Es el porcentaje más alto. Además cuando se les cuestiona sobre qué políticas el Estado gasta poco, las destinadas a pensiones, vivienda, dependencia, desempleo, sanidad y educación ocupan las primeras posiciones.

No obstante, el apoyo al Estado del bienestar está muy lejos de ser sencillo. Un reciente estudio realizado por José Fernández-Albertos y Dulce Manzano (“¿Quién apoya el Estado del bienestar?”, Fundación Alternativas, Zoom Político 9) demuestra que las posiciones a favor de las políticas sociales cambian según la clase social y el nivel educativo de los ciudadanos. Paradójicamente, las clases medias y altas y las

personas con mayores niveles educativos apoyan mucho más el Estado del bienestar que las clases bajas y los ciudadanos con escasos estudios.

Esto no significa que las personas con menos recursos económicos y educativos estén en contra de la redistribución. De hecho, son ellos los que se muestran más partidarios de mejorar el reparto de la riqueza. Para los autores, el problema radica en la escasa capacidad redistributiva de nuestro Estado del bienestar. Tal y como está diseñado, favorece mucho más a los que tienen contratos de trabajo estables frente a los que tienen una posición mucho más precaria en el mercado laboral. Por ello, aunque las personas con menos recursos económicos y educativos desean una mayor redistribución de la renta, su apoyo al Estado del bienestar es inferior a la media.

En definitiva, los datos indican que una de las fortalezas de la socialdemocracia es la opinión pública: tanto en Europa como en España existe una mayoría de izquierdas. No obstante, el perfil sociodemográfico de los progresistas ha cambiado notablemente en los últimos 30 años. Además, sus preferencias políticas expresan algunos de los problemas a los que se enfrentan los socialistas en la actualidad. Los estudios académicos indican que el Estado del bienestar español es uno de los menos redistributivos. Los españoles también lo perciben así y, por ello, aunque las bases sociales más próximas a la izquierda prefieren un mejor reparto de la riqueza, su apoyo al Estado del bienestar es menor al de las clases acomodadas. Los ciudadanos, al igual que los expertos, esperan cambios en la oferta programática de la socialdemocracia.

Ignacio Urquizu es profesor de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid y colaborador de la Fundación Alternativas

6.- El centrifugado del centro izquierda

ANDRÉS ORTEGA/ÁNGEL PASCUAL-RAMSAY

4 ABRIL 2012

Los partidos socialdemócratas están fallando a la hora de adaptarse a los grandes cambios que se han producido en los últimos años con la globalización —que, entre otras cosas, ha incorporado a la economía mundial a 2.000 millones de personas más, como consumidores (oportunidad) y productores (competencia) con modelos socioeconómicos muy diferentes de los nuestros—, e incluso con la integración europea. La socialdemocracia europea no ha tenido un discurso propio sobre esta globalización, y con la crisis ha visto que se quebrase la idea de progreso y la agenda de la visión de un futuro mejor que le eran consustanciales. No ha sabido responder al reto de gestionar el Estado del Bienestar en un mundo más complejo y en un contexto de creciente competencia, individualismo y diferenciación. Los ciudadanos demandan a sus representantes públicos una respuesta a la inseguridad del mundo actual, pero la socialdemocracia no está sabiendo hacer frente a esa demanda. No se percibe a estos partidos como agentes del cambio. Acomplejada por un supuesto pensamiento único y falta de alternativas, su programa suele aparecer como una versión edulcorada pero insostenible de las políticas de la derecha,

Si la crisis ha dañado a gobiernos de todo signo en Europa, se ha cebado más con los socialdemócratas. Quizás por que dos son los principales cambios sociales a los que no han sabido adaptarse los partidos de este signo. En primer lugar, el declive de la clase trabajadora y de los sindicatos en la era postindustrial. En segundo lugar, el crecimiento de la desigualdad entre generaciones, y la polarización entre ganadores y perdedores de la globalización con jóvenes abocados a la precariedad laboral y clases medias que ven como su nivel de vida empeora. Todos ellos abandonan a los partidos socialdemócratas porque no perciben a éstos como los defensores de sus intereses. Aunque en Francia, la sociedad europea más pesimista y contraria a la globalización, podría estar pasando justamente lo contrario.

Relacionado con lo anterior se ha producido un declive de las formas tradicionales de cohesión social. Pese a las políticas destinadas a evitarlo, la desigualdad ha aumentado en casi todas las sociedades europeas y americanas, pero la socialdemocracia ha abandonado en parte el discurso sobre la redistribución de ingresos en favor de la igualdad de género y la igualdad de oportunidades, en las que los conservadores insisten también.

En mayo del 68 los jóvenes franceses protagonizaron una revuelta para, decían, cambiar el mundo. En 2010 lo hicieron, como otros en diversos países, para conservar lo que hay, para, al menos, vivir como sus padres. Como ha señalado Tony Judt, "hay mucho que conservar, preservar y defender. Pero en las actuales circunstancias hay mucho que cambiar para conservar los valores y políticas nucleares progresistas". De hecho, el centro derecha le ha robado parte de su discurso social al centroizquierda. Ha asumido una parte del discurso sobre el Estado del Bienestar, si bien insistiendo en su modernización y redimensionamiento. El primer ministro sueco, Fredrik Reinfeldt, del Partido Moderado, ha sido el gran impulsor de los "conservadores sociales" que han crecido también en otros países.

La socialdemocracia ha perdido identidad, mientras ha aumentado el voto flotante. El electorado se ha vuelto mucho más diverso y con intereses dispares (religión, educación, situación laboral, etcétera). El voto de clase ha disminuido. Pero al tiempo emergen nuevos ejes de fractura social. Uno, no nuevo pero que se ha exacerbado con la crisis, es la gestión de la inmigración, incómoda para partidos de centro-

izquierda que compiten por votos de sectores sociales que se sienten atraídos por la xenofobia de dirigentes populistas.

Por otra parte, la globalización —y los mercados— han reducido el margen de acción de la política. Y, afectando más a la izquierda que a la derecha, la gente percibe que muchas cuestiones escapan del control de la política de ámbito nacional, mientras no existe una verdadera gobernanza global, ni siquiera europea. La socialdemocracia junto con la democracia cristiana, han sido los pilares sobre los que se construyó Europa tras la Segunda Guerra Mundial, aunque España se sumó tardíamente a este proyecto debido a la dictadura franquista. La globalización y los cambios internos en las sociedades han desplazado a la democracia cristiana, ganando peso en el centro derecha posiciones más favorables a las fuerzas sociales e intelectuales que impulsan la globalización y un discurso más radicalizado.

La lógica de este discurso conduce a reducir el Estado del Bienestar a los aspectos meramente asistenciales, descargándolo de los que tienen más que ver con el equilibrio de las fuerzas sociales y la movilidad social ascendente o la meritocracia. Estos diferentes acentos conllevan, de un lado, que el ascensor social que supone el Estado del Bienestar se pare. Se suele olvidar que este es, también, un sistema de reequilibrio de los poderes sociales. El escenario privilegiado de esta faceta es el mercado de trabajo. El discurso conservador conlleva una deriva paulatina hacia la mercantilización del trabajo, bajo la idea de flexibilidad sin contrapartidas, no de flexiseguridad a la nórdica. En España, el intento de combinar la flexibilidad con la seguridad puede haberse agotado incluso antes de haberse llegado a implantar.

En realidad, esto implica la ampliación de la inseguridad a capas cada vez más amplias de la sociedad, incluidas las clases medias. Como recuerda el filósofo esloveno Slavoj Žižek, si los empleados eran antes unos explotados, ahora se consideran unos privilegiados. La próxima década va a ser testigo de una renovada presión sobre el Estado y sus capacidades, de origen tanto ideológico como financiero, con la consolidación fiscal como caballo de Troya del nuevo conservadurismo.

Hacen falta ideas transformadoras, que aspiren a renovar el modelo productivo de manera tal que la generación de la riqueza sea más eficaz e igualitaria y no fiarlo todo a una redistribución *ex post* que no ha funcionado y para la que es crecientemente más difícil lograr el apoyo político en unas sociedades cada vez menos cohesionadas, y en las que los ciudadanos reclaman sus derechos individuales pero ignoran las responsabilidades colectivas que hacen aquellos posibles. En este cuadro general se tiene que enmarcar una nueva fase de la modernización de España, esta vez en un marco de integración europea y de globalización más avanzado.

En España, estos movimientos que pudiéramos calificar de tectónicos se han traducido en la crisis del PSOE y la preminencia del Partido Popular en el centro derecha. El socialismo español, si quiere volver a contar, debe demostrar que tiene capacidad para atraer talento a sus equipos, diversidad, y coraje para tomar decisiones difíciles. Como decimos, la base electoral en la que el socialismo se ha apoyado tradicionalmente —la clase trabajadora— está disminuyendo demográficamente y, aunque el PSOE tuvo particular éxito en atraer los apoyos de las clases medias, en España a partir de los años noventa esos apoyos se fueron evaporando. Una mayoría progresista requiere un discurso que recoja y traduzca a propuestas políticas operativas las preocupaciones y los sueños de las clases trabajadoras, sí, pero también de las clases medias, que suture su incertidumbre ante el futuro y empodere a los individuos.

La dimensión cuantitativa de lo sucedido en 2011 al PSOE va acompañada de cambios cualitativos. Bajo el descenso en el apoyo electoral y social al PSOE hay procesos sociales y políticos que van más allá del descontento con el Gobierno de

Zapatero. Su bajo nivel de apoyo entre los jóvenes condensa esta idea. La coalición social que llevó a su victoria en 2004 y 2008 se ha roto en partes que se han diseminado en diversas direcciones. El PSOE se ha alejado del centro de gravedad de la sociedad española. Ha registrado un proceso de centrifugación de su voto que, si no reacciona de una forma profunda e innovadora, puede alterar los equilibrios políticos durante un largo periodo. Esperar a que el PP se la pegue no servirá.

Este artículo está basado en el libro de ambos autores *¿Qué nos ha pasado? El fallo de un país* (Galaxia-Gutenberg/Círculo de Lectores) que saldrá a la venta la próxima semana

7.- Un problema de impotencia

IGNACIO SÁNCHEZ-CUENCA

8 ABRIL 2012

¿Y si el problema de los partidos socialdemócratas no estuviera ni en los objetivos ni en las políticas que persiguen? ¿Y si el problema consistiera más bien en que estos partidos ya no consiguen llevar sus ideas a la práctica cuando acceden al poder?

En el artículo de José María Maravall que abrió esta serie sobre la crisis de la socialdemocracia (“Los deberes actuales”, 27/3/2012), el autor mostraba con datos incontestables que la supuesta crisis “electoral” de los partidos progresistas es un mito, por mucho que en la actualidad un manto azul haya cubierto Europa. Si se analizan los resultados globales a lo largo de décadas, los apoyos electorales a la socialdemocracia apenas han variado. Pero la crisis podría ser de otra índole. Desde hace unos 30 años, muchos partidos socialdemócratas se han encontrado con dificultades crecientes no ya para corregir, sino simplemente para frenar el aumento de las desigualdades sociales. Desde el periodo de posguerra hasta finales de los años setenta del pasado siglo, las desigualdades sociales disminuyeron en los países desarrollados. Pero esta tendencia se rompió en los años ochenta en Estados Unidos y en Gran Bretaña; lo mismo ha ido sucediendo luego en otros países.

Ni Clinton en Estados Unidos, ni Blair en Gran Bretaña, ni Schroeder en Alemania, por poner tres ejemplos especialmente sobresalientes, consiguieron cambiar el rumbo. La experiencia alemana muestra que no se trata de un fenómeno solamente anglosajón. El aumento de la desigualdad en Alemania entre 2000 y 2005, durante el mandato de Schroeder, fue muy pronunciado. Con la llegada de la crisis económica, la situación está empeorando rápidamente en todos los países avanzados, en buena medida por las políticas de austeridad que se están siguiendo y que no sólo contraen la actividad económica, sino también la capacidad redistributiva de los Estados.

Esta especie de “impotencia” ante la desigualdad es lo que, a mi juicio, justifica hablar de una crisis de la socialdemocracia, que se manifiesta en la pérdida de credibilidad de sus propuestas. Se trata de un problema que va más allá de si los partidos que enarbolan este ideario político consiguen llegar al poder con mayor o menor frecuencia.

Hay dos razones, me parece, de esta impotencia, una económica y otra política. Aunque están muy relacionadas, cabe distinguirlas. En primer lugar, se encuentra el modelo económico de los últimos treinta años, basado en la expansión desaforada del crédito como motor del crecimiento, la hipertrofia del sector financiero y la libertad completa de movimientos de capital. Este modelo tiene un impacto negativo sobre la igualdad. En materia fiscal ha habido una competencia a la baja entre los países en los impuestos al capital, así como un aumento de los impuestos indirectos, con lo que el papel redistributivo de los impuestos es hoy mucho menor que en el pasado. A su vez, en los mercados de trabajo han aumentado considerablemente las desigualdades entre tipos de empleo. Las diferencias entre gobiernos progresistas y conservadores han podido amortiguar estos cambios, pero no revertirlos.

Aparte de estas fuerzas económicas, de difícil control, asociadas a la globalización, ha habido, en segundo lugar, cambios institucionales que, a pesar de ser perjudiciales para el proyecto socialdemócrata, han sido apoyados sin reservas por los partidos de este ámbito. Me refiero a las reformas que limitan gravemente el poder democrático, como la independencia de los bancos centrales o las reglas de déficit cero. En el caso europeo, todo se complica aún más por la cesión de soberanía a instituciones carentes de mandato popular. Nos encontramos hoy en la situación extraordinaria de que el destino de los países europeos se decida entre el Banco Central Europeo y la

Comisión: ambas instituciones son extremadamente ideológicas en sus planteamientos “técnicos” sobre la salida a la crisis y, sin embargo, no tienen que responder por sus decisiones ante la ciudadanía.

Quizá el mayor error cometido por los partidos socialdemócratas europeos en las últimas décadas haya sido esa aceptación acrítica de la pérdida del poder político representativo. Cuando se echa la vista atrás, resulta incomprensible que los gobiernos socialdemócratas de finales de los ochenta permitieran que la principal responsabilidad en el diseño institucional de la unión monetaria recayera sobre los gobernadores de los bancos centrales.

El debilitamiento del poder representativo, en beneficio de agencias reguladoras, instituciones supranacionales y reglas constitucionales, constituye, a mi juicio, un factor clave en la impotencia política que sufren los partidos socialdemócratas cuando llegan al poder. Va siendo hora de revisar la idea simplona de que toda crítica de la globalización y de la integración europea es sinónimo de resistencia al cambio, nostalgia, localismo o nacionalismo trasnochado.

La condición para hacer políticas socialdemócratas pasa por la recuperación del autogobierno democrático. Mientras las decisiones cruciales no estén en manos de los representantes de la ciudadanía, no hay mucho que hacer. Si alguien busca un reconstituyente ideológico, puede comenzar por la lectura del libro del economista de Harvard Dani Rodrik, *La paradoja de la globalización*.

Ignacio Sánchez-Cuenca es profesor de sociología. Su último libro es *Años de cambios, años de crisis. Ocho años de gobiernos socialistas* (Catarata).

8.- Después de la Tercera Vía

OLAF CRAMME / PATRICK DIAMOND

9 ABRIL 2012

La socialdemocracia está de rodillas en toda Europa. Desde la quiebra de Lehman Brothers, los partidos de centro-izquierda han perdido nada menos que 19 elecciones ante sus oponentes. Hoy, el Partido de los Socialistas Europeos (PES) solamente está al frente del Gobierno en cuatro países de la Europa de los 27, a saber en Dinamarca, Austria, Bélgica y Eslovaquia. Aunque si echamos un vistazo a las diversas derrotas no aparece ningún modelo claro. De hecho los socialdemócratas han ensayado y puesto en práctica por toda la UE diferentes estrategias electorales, identidades políticas y programas de gobierno, pero pocos han funcionado. La amarga realidad es que los dos discursos dominantes sobre la política de centro-izquierda están equivocados. Por un lado, los "modernizadores de la Tercera Vía" insisten en que los socialdemócratas tienen que adoptar la inexorable lógica de la globalización, la liberalización y la reforma permanente. Por otro, están los de la "izquierda tradicional" que quieren un regreso a las verdades de la socialdemocracia posterior a 1945: un pacto establecido sobre la base de un Estado-nación unitario con un modelo de capitalismo de mercado controlado, algo que, francamente, se extinguió con la crisis económica de los años setenta.

Ninguna de estas dos versiones ofrece una estrategia de futuro creíble. Si la crisis financiera de 2008-2009 marca la defunción del neoliberalismo de los ochenta, en cambio es muy poco probable que conduzca a la aceptación del Estado en detrimento del mercado. El auténtico predominio del neoliberalismo durante los últimos 30 años se ha fundado no solo en los remedios que imponía a los Gobiernos nacionales, sino en su cantilena de que "no hay alternativa" al libre mercado en la era del capitalismo global. Haciéndose eco de la tesis del "fin de la historia" de Francis Fukuyama, se sostenía que los Estados no tienen otra opción que la de someterse al neoliberalismo. Se insistía con optimismo que la época de los altibajos por fin había terminado: la economía global era tan dinámica y flexible que era impensable una crisis. Pero la crisis financiera global ha sacudido como un terremoto el corazón de las instituciones, de las prácticas y de las convicciones de esos años. La cuestión central de la crisis no es la de si va a rejuvenecer la tradicional socialdemocracia del Estado-nación, sino la de si puede estimular nuevas estrategias y programas sobre los que construir una renacida plataforma de prosperidad igualitaria y de bienestar social. La tarea es la de formular una respuesta de manera que la socialdemocracia pueda beneficiarse de la transparencia y de las contingencias ahora presentes en las políticas nacionales y mundiales para hacer frente a un neoliberalismo residual que enmarcaría la crisis financiera mundial como propia del Estado socialdemócrata.

Pero junto a ese tema central hay diversas melodías colaterales que inmediatamente se ponen a sonar. La primera se refiere a la naturaleza misma del capitalismo. Históricamente, la socialdemocracia se ha desarrollado conjuntamente con el capitalismo. Este ha marcado los límites respecto a lo que es visto como políticamente factible. Los socialdemócratas fueron un paso por delante de los acontecimientos al levantar unos pilares institucionales que no solo protegían a los ciudadanos de las duras condiciones de la economía de mercado sino que sobre todo ayudaron a conformarla.

Los críticos sostenían que los partidos de centro-izquierda se habían hecho "estructuralmente dependientes" del capitalismo, es decir dependientes de los mercados para generar un superávit con el que invertir en bienestar y servicios públicos. Pero reformar el capitalismo ha demostrado ser cada vez más difícil, en particular debido a que los socialdemócratas han perdido de vista la fundamental

transformación experimentada por aquel durante las últimas décadas. Volver a comprender el carácter cambiante del capitalismo de mercado nunca ha sido tan urgente para el centro-izquierda, que aspira a promover una concepción más justa y humana de la economía de mercado.

La segunda melodía alude a la naturaleza y a la forma del Estado, ambas cambiantes. De nuevo la socialdemocracia ha sido aquí históricamente dependiente del poder del estado. Pero las dimensiones y la complejidad del Estado hacen que sea cada vez más difícil para los ciudadanos comprender quién toma las decisiones y a quién debe hacerse responsable de las mismas. El desarrollo de las nuevas tecnologías y de la innovación científica sitúa el poder de la toma de decisiones en manos de expertos, lo que incorpora una presión añadida a los modernos modelos liberales de democracia representativa y participativa. Las burocracias a gran escala corren el riesgo de alimentar la desafección ciudadana y de hacer decrecer la confianza en el sistema político. Y existen otras presiones sobre la tradicional concepción socialdemócrata del Estado, como son las del envejecimiento de la sociedad y una demografía cambiante, que no van a desaparecer.

Finalmente, los partidos de centro-izquierda se han visto obstaculizados de modo creciente por conflictos y brechas culturales relacionados con una mayor heterogeneidad étnica, la libre circulación de trabajadores y sistemas migratorios abiertos, el alza de nuevas formas de radicalismo religioso politizado y agresivo, y un aparente conflicto entre grupos "cosmopolitas" y "comunitarios". Muchas de las identidades y de las solidaridades sobre las que se construyó la socialdemocracia en Europa se hallan sometidas a una tensión cada vez mayor. Nuevos agentes políticos situados a la extrema izquierda y a la extrema derecha, así como partidos conservadores y cristiano-demócratas astutamente posicionados, no dudarán en pescar en río revuelto para establecer un discurso obvio, por simplista y divisor que pueda ser. En ese contexto, poder proporcionar a la gente un moderno sentido de pertenencia y de objetivos colectivos en un mundo rápidamente cambiante debe de figurar en primera línea del pensamiento del centro-izquierda.

Cada uno de estos argumentos ha de someterse a una prueba más: ¿son capaces los socialdemócratas de desarrollar una estrategia de gobierno que pueda estar a la altura de esos formidables desafíos? Con la "edad dorada" del Estado-nación irrefutablemente concluida, hay una urgente necesidad de adoptar nuevos métodos, capacidades e instrumentos a distintos niveles de gobernabilidad. Para los socialdemócratas, sin embargo, eso significa un cambio de mentalidad, dada la tradicional obsesión con los recursos fundamentales del poder del Estado para construir una sociedad más justa en su propio país.

El orgullo por reforzar el Estado de bienestar nacional permitió a la izquierda asumir el papel del patriotismo moderno, asociado a un genuino compromiso con el internacionalismo. Eso se vio así, principalmente en el mundo posterior a la II Guerra Mundial, a través de la lente de un internacionalismo armonioso y cooperativo. Pero hoy los ciudadanos tienen que comprometerse con una interpretación más sofisticada y compleja de los conceptos de interdependencia y soberanía en el mundo moderno. Retraerse de una agenda internacional cada vez más exigente sencillamente no es una opción creíble. El centro-izquierda, por el contrario, tiene que recuperar la propiedad de la misma, desde la integración europea hasta el cambio climático, así como la respuesta a las crisis humanitarias.

Ese es el terreno en el que los partidos socialdemócratas tienen que forjar sus nuevas estrategias electorales, sus nuevas identidades políticas y sus nuevas agendas. Eso significa desarrollar nuevos marcos de trabajo y nuevos conceptos a través de los cuales pueda emprenderse esa tarea, volviendo a aportar ideas a la corriente dominante de la socialdemocracia europea. El éxito no es inevitable: las circunstancias

y los acontecimientos pueden conspirar contra las mejores ideas. Pero sin ideas no hay esperanza.

Olaf Cramme y **Patrick Diamond** son, respectivamente, director y profesor investigador de Policy Network, y coordinadores de 'Después de la tercera vía: el futuro de la socialdemocracia en Europa' (IB Tauris, 2012).

Traducción de Juan Ramón Azaola

9.- Por una Tercera Vía 2.0

MATT BROWNE

10 ABRIL 2012

Hace unos días, en el curso de una cena con Tony Blair, le pregunté quién creía él que, entre los progresistas de Europa, era el heredero de su legado político. Después de un breve silencio, se encogió de hombros y admitió que en realidad no lo sabía. Su reacción no es una muestra de falta de interés —en los últimos meses su compromiso político ha sido mayor que en ningún otro periodo posterior a su estancia en el poder—, sino que ponía de relieve lo poco de moda que está ya la Tercera Vía.

En parte, la falta de aceptación de ese enfoque tiene que ver con el renacimiento ideológico de una arraigada crítica de izquierdas, el mismo que propugnaba que estaba vendido al neoliberalismo. Sin embargo, para los analistas de la izquierda tradicional no se trata únicamente de que los partidarios de la Tercera Vía fueran cómplices de las políticas que condujeron a la crisis financiera mundial. La inseguridad posterior y la exigencia por parte de los ciudadanos de la intervención del Estado en circunstancias muy concretas también se han utilizado de modo oportunista para defender la vuelta a un Estado poderoso. Por desgracia, aunque la austeridad no esté funcionando, probablemente el Estado poderoso de cuño keynesiano hubiera tenido los mismos fallos, siendo quizá más derrochador.

Las penalidades actuales de la Tercera Vía también reflejan las deficiencias de una nueva generación de modernizadores, que ha permitido a la izquierda reaccionaria utilizar la crisis actual para dismantelar precisamente esa Tercera Vía, algo que siempre habían querido hacer. La filosofía central de la Tercera Vía se basaba en la revisión permanente de los medios precisos para alcanzar los eternos fines progresistas. Ahora necesitamos ofrecer una nueva perspectiva, basada tanto en una evaluación sincera de los éxitos y fracasos de esa opción en el pasado como en un análisis más complejo de los desafíos futuros a los que nos enfrentamos.

En política económica, la Tercera Vía alcanzó muchos éxitos notables. El primero fue una posición filosófica que, abandonando el proteccionismo y el mercantilismo industrial basado en la elección de paladines nacionales, se orientó a la creación de un Estado propiciador. La política económica se centró en las capacidades y la educación, la investigación y el desarrollo —el apoyo a tecnologías, servicios y sectores de futuro—, así como en ofrecer incentivos a la inversión privada, el emprendimiento y el empleo activo. En una época de crecimiento mundial, esa atención primordial a medidas macroeconómicas relativas a la oferta condujo a una década de ininterrumpido incremento del empleo, mejoras en la productividad y resurgimiento de la clase media

A pesar de esos éxitos, los acontecimientos de los últimos años han demostrado que la Tercera Vía adolecía de cierta ingenuidad económica en lo tocante a la importancia de la política industrial y de la globalización. En los países históricamente industrializados, la entrada de dos mil millones de nuevos trabajadores en la economía mundial ha planteado importantes interrogantes en materia de competitividad social y económica, y lo mismo ha ocurrido en el sector financiero con la irrupción de un capitalismo de casino. Al centrarnos en la reforma del Estado nacional para permitir que la gente se beneficiara de las oportunidades económicas que ofrecía la globalización, desatendimos el apoyo a los sectores incipientes y la reforma de las instituciones de Bretton Woods, medidas necesarias para controlar más eficazmente los caprichos de la economía global.

Una nueva Tercera Vía, la Tercera Vía 2.0, precisará de una mejor estrategia de ayuda al crecimiento industrial del futuro, sobre todo en el sector de la innovación y las

tecnologías de la comunicación, la economía verde y los servicios sanitarios. Además, en términos globales, necesitamos un programa de gobernanza económica mundial más eficaz, que pueda proteger la propiedad intelectual, fomentar el empleo y el respeto al medioambiente, gestionando mejor las conmociones asimétricas que sufra la demanda agregada y los cambios que experimenten las balanzas de pagos regionales y mundial.

En lo tocante a política social, la Tercera Vía trató de sortear la intrincada dicotomía entre protección del Estado del Bienestar y privatización. Con un programa de inversión y reforma, impulsó una campaña destinada a fomentar la colaboración entre lo público y lo privado —tanto para movilizar fondos no gubernamentales como para insuflar el cambio en instituciones esclerotizadas—, incrementar la inversión pública y proporcionar a pacientes, padres y estudiantes el acceso a un mayor abanico de tipos de educación y marcos sanitarios. Esta reforma se conjugó con una mayor responsabilidad individual. A los estudiantes se les pidió que sufragaran parte de los gastos de matrícula y en sanidad se hizo más hincapié en la prevención.

Las reformas tuvieron importantes resultados, en el Reino Unido se redujeron las listas de espera quirúrgicas, subieron los índices de supervivencia en enfermedades graves como el cáncer y las dolencias coronarias y mejoró el nivel de los colegios y universidades. Sin embargo, ese acento en la reforma condujo a un enfoque neoestatalista. Nos convertimos en un Gobierno centrado en hacer las cosas para o por la gente. En el Reino Unido, esto dejó espacio libre a David Cameron y su programa de "Gran Sociedad" (*Big Society*). El Partido Laborista, a pesar de su historia, no prestó atención a la ayuda que pueden prestar las organizaciones no gubernamentales, las iniciativas comunitarias, las cooperativas o los emprendedores sociales cuando se trata de alcanzar nuestros objetivos. Ese proyecto de Gran Sociedad podría haber sido nuestro, pero nosotros habríamos aportado más eficacia a la colaboración entre, por una parte, un Estado fuerte, eficiente y moderno y, por otra, las comunidades y el tercer sector.

Políticamente, la Tercera Vía no logró mantener su propio proceso de actualización y modernización. Las revoluciones organizativas dirigidas por líderes como Blair y Clinton mejoraron la profesionalidad de nuestros partidos. Aprendimos a mantener la disciplina del mensaje y a comunicarnos más directamente con los votantes. Pero el modelo dependía en exceso de unas órdenes y un control centralizados. Además, al reducir el papel del partido como organismo generador de políticas, nos olvidamos de proporcionarle otra misión política.

Hoy en día, ante una opinión pública menos deferente, y en medio de la revolución de las comunicaciones y los medios sociales, este enfoque ya no es viable. Necesitamos ser más abiertos, trabajar con personas que apoyen nuestros valores, no solo con militantes del partido. Necesitamos abordar la educación política con un enfoque del siglo XXI en el que el partido posibilite que los ciudadanos sean motores del cambio en su propio entorno: participando en los consejos escolares, movilizándolo a sus comunidades, postulándose como jefes policiales electos o en cualquier función que elijan. A fin de cuentas, debemos estar más dispuestos a colaborar con otros movimientos políticos que compartan nuestros valores.

A mediados de la década de los 90, Tony Blair señaló que la separación entre las tradiciones liberal y laborista había sido uno de los factores que más había frenado las políticas progresistas en el Reino Unido del siglo XX. En la actualidad, en toda Europa necesitamos forjar una nueva era de colaboración entre liberales y laboristas, pero también incorporar a la rama progresista el movimiento verde, a los partidarios de lo que John Halpin, Ruy Teixeira y yo denominamos "política de semáforo". La fusión del rojo, el amarillo y el verde no es solo una necesidad electoral sino que proporciona los cimientos para una economía política progresista en el siglo XXI. Para fomentar la

innovación necesitaremos sociedades diversas y tolerantes. Para ser sostenibles, necesitamos un programa social para la renovación energética. Para promover una sociedad justa, esos programas deben engranarse partiendo de una visión del trabajo y de la reforma del Estado basada en un moderno enfoque socialdemócrata.

Sospecho que, si lo logramos, lo mejor de la Tercera Vía estará aún por llegar.

Matt Browne es colaborador del Center for American Progress, director ejecutivo de Global Progress Initiative, miembro de la junta directiva de Policy Network y colaborador de la Fundación IDEAS.

Traducción de Jesús Cuéllar Menezo

10.- Hacia una Europa socialdemócrata e inclusiva

ERNST STETTER

12 ABRIL 2012

“Hay algo profundamente erróneo en nuestra forma de vivir actual”, con esta afirmación se inicia el libro *III Fares the Land* [*Algo va mal*, en su versión española] del difunto Tony Judt. Y aquí radica también el gran desafío al que se enfrenta la socialdemocracia en los ámbitos local, nacional, europeo y mundial.

Tres propuestas para afrontar los desafíos:

1. Una propuesta sencilla para lograr políticas con política

Para los socialdemócratas, la democracia también comienza en casa. De manera que la socialdemocracia europea debería partir de su propio entorno, aunque es evidente que, a nivel continental, la democracia y la legitimidad también tienen problemas. Con frecuencia se dice que los Gobiernos nacionales deben encontrar maneras de implicar a los ciudadanos en el proceso decisorio de la UE. En materia de asuntos europeos, los Gobiernos nacionales actúan con muy pocas aportaciones ciudadanas directas. Además, en muchos casos, casi no reciben las indirectas, que canalizan los Parlamentos nacionales.

Si la democracia a escala nacional se considera frecuentemente una “política sin políticas”, ya que la Unión Europea absorbe cada vez más competencias, podríamos decir que en el nivel de la UE hay “políticas sin política”, porque el Consejo Europeo dice ocuparse del interés nacional y la Comisión y el Parlamento europeos se centran, con razón, en el de Europa. Definitivamente, esta necesita *políticas con política*.

¿Cómo se consigue eso? Es fácil decir que Europa necesita un liderazgo mejor, pero más difícil resulta desarrollar tal afirmación. ¡Para poder devolver las decisiones de la UE a un entorno de consultas totalmente democrático, reduciendo la tecnocracia y reconstruyendo la confianza de los ciudadanos en la Unión, es preciso ofrecerles alternativas políticas!

La aplicación de una tasa a las transacciones financieras debe estar en primera línea de todas las políticas socialdemócratas

Los problemas europeos más importantes se abordan de tal manera que los ciudadanos no pueden ver cómo se respetan ni su elección ni sus convicciones. La legitimidad democrática europea es algo complejo. La UE se ocupa con demasiada frecuencia de crípticas cuestiones regulatorias que, a propuesta de la tecnocrática Comisión Europea y después de consultar con el Parlamento Europeo, son finalmente aprobadas por el Consejo de Ministros, normalmente a puerta cerrada. ¡Las diferencias deben solventarse y sortearse mediante la negociación esos tres organismos compuestos por miembros de todos los Estados miembros!

Un método sencillo de aportar mayor legitimidad y más peso político a todo el proceso sería elegir a un presidente de la Comisión propuesto por el Parlamento Europeo. De este modo, en las elecciones a la UE los electores podrían elegir entre un abanico de agrupaciones de partidos y opciones políticas distintas.

En consecuencia, ¡mientras la socialdemocracia europea no sea capaz de presentar un candidato común a la presidencia de la Comisión, los votantes no podrán apreciar alternativas y formas reales de avanzar hacia *políticas socialdemócratas con política!*

2. Una propuesta urgente para la solidaridad y las políticas sociales

Si estamos de acuerdo en que Europa representa un patrimonio compartido y un futuro común, los socialdemócratas tendrán que proponer medidas adecuadas para solucionar la crisis económica europea.

En los últimos años, las políticas se han centrado más en la bajada de los salarios que en fomentar el crecimiento y el empleo. Esas políticas han desatendido la solidaridad y la lucha contra la desigualdad. Parece que Europa ha quedado reducida a una zona de supervisión y sanción, incapaz de fomentar el diálogo social y la democracia. Si esto es así, los socialdemócratas deben asumir su responsabilidad y no dar la espalda a los imperativos, tanto del proyecto europeo como de la lucha contra la crisis económica. Los problemas más acuciantes son el incremento del paro y de la pobreza. La socialdemocracia necesita trazar un nuevo camino europeo, basado en otra interpretación del crecimiento y el bienestar que conjugue la responsabilidad presupuestaria con valores y principios esenciales como la solidaridad y la justicia social.

La responsabilidad presupuestaria y la disciplina fiscal son claves para garantizar la estabilidad de la eurozona y la revitalización del modelo social europeo. La reducción del déficit y de la deuda hace que las cuentas públicas dependan menos de las fluctuaciones de los mercados, ayudando a liberar recursos para la inversión en progreso social y crecimiento.

El presupuesto de la Unión Europea para el periodo 2014-2020 debería dar respuestas más eficaces y transparentes, centrándose más abiertamente en los imperativos de la justicia social, el empleo, la educación y la formación profesional. Esto ayudaría a crear trabajo, combatiendo la segmentación del mercado laboral, sobre todo en lo tocante a jóvenes y mujeres. La socialdemocracia debería otorgar prioridad tanto a la política industrial, para así fomentar el desarrollo de grandes proyectos industriales, tecnológicos y de infraestructuras, como a la transformación medioambiental de Europa, con vistas a desarrollar industrias menos contaminantes que, basadas en tecnologías *verdes*, reporten empleos de larga duración y muy cualificados.

La aplicación de una tasa a las transacciones financieras, defendida hace tiempo por muchos progresistas europeos, debe estar en primera línea de todas las políticas de los partidos socialdemócratas. El objetivo es conseguir que los responsables de la crisis financiera contribuyan a la recuperación económica y también promover medidas contra los paraísos fiscales, que sirvan para combatir la evasión de impuestos, ayudando a mejorar las finanzas públicas.

Mediante la creación de *eurobonos*, también se podrían movilizar otros recursos para financiar proyectos de inversión comunes. Esta es una propuesta urgente para la solidaridad y las políticas sociales.

3. Una sugerencia lógica para la igualdad y la estabilidad económica

La austeridad no solucionará la crisis. España es un ejemplo de ello, y también Grecia, Portugal, Italia y otros miembros de la UE. Para estimular el crecimiento hace falta, sobre todo, incrementar la demanda y culminar la formación del mercado interno. Necesitamos iniciativas serias para abordar los profundos desequilibrios macroeconómicos y sociales que están en la raíz de la crisis en la eurozona. Las medidas de fomento de la competitividad en los países con déficits comerciales deberían ir acompañadas de medidas recíprocas de estímulo de la demanda interna en los países con excedentes comerciales. Así ayudaríamos a invertir la tendencia de las últimas décadas a producir una distribución desigual de la riqueza. También habría que diferenciar entre el gasto destinado a inversión y el de explotación.

La incapacidad mostrada por los Gobiernos conservadores europeos en su respuesta a la crisis de la eurozona ha llevado al Banco Central Europeo a asumir un papel activo en los mercados financieros, con vistas a impedir la agudización de esa crisis, permitir la refinanciación de los Estados miembros y aportar confianza a los propios mercados. No obstante, para reformar la gobernanza económica europea también es preciso tener en cuenta el papel que como prestamista de último recurso podría tener el propio Banco Central Europeo.

El objetivo es fomentar una mayor solidaridad, garantizando mejor la igualdad y la distribución equitativa, y contribuir a la estabilidad del euro. Evidentemente, esta sugerencia busca la igualdad y la estabilidad económica.

La socialdemocracia solo podrá recuperar la confianza, y con ella a los votantes en las citas electorales nacionales y europeas, si acomete un auténtico y necesario cambio para acabar con los mitos y promesas neoliberales.

Esta empresa no constituye únicamente un debate intelectual de soñadores izquierdistas. Es un auténtico combate político en el que están en juego políticas concretas con auténticos objetivos programáticos.

La socialdemocracia europea debe definirse a sí misma, no solo por contraste con otros partidos, sino mediante el desarrollo de un discurso progresista propio que permita a la gente sacar partido a su vida. Esta es la prerrogativa necesaria para recuperar el apoyo y abrirse a las generaciones jóvenes de Europa.

No se trata únicamente de un esfuerzo de renovación. Se trata de emanciparse de tradiciones trasnochadas y de asumir una labor imprescindible para el futuro de Europa y para lograr políticas con política en nuestro continente.

Ernst Stetter es secretario general de la Fundación para los Estudios Progresistas Europeos.

Traducción de Jesús Cuéllar Menezo

11.- El futuro de la cuestión democrática

TARSO GENRO

13 ABRIL 2012

El debate ideológico sobre el socialismo en la época industrial constituyó un rico patrimonio de ideas para el desarrollo del sistema de derechos y sus instrumentos de protección en las sociedades democráticas contemporáneas. Este debate no solamente enriqueció el sistema de protección social de los respectivos Estados, sino que sirvió también de estímulo a un ciclo de reformas y revoluciones nacional-democráticas durante el siglo pasado.

Su contenido libertario influyó significativamente, por ejemplo, en el fin de la guerra de Vietnam, en la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos (formando allí una izquierda socialdemócrata, de la cual el presidente Obama es hijo ilustre) e influyó también en la revolución cubana y en las revueltas de Mayo del 68.

En las diversas formas de lucha que los demócratas radicales, los socialistas y los comunistas desarrollaron en América Latina en los años sesenta y setenta estuvieron siempre presentes los argumentos sobre la incompatibilidad de la democracia con el capitalismo, que hoy sigue debatiéndose. Actualmente, los derechos sociales conquistados duramente y el sistema de protección que les corresponde no están solamente amenazados sino que, incluso, pueden sucumbir a través de mecanismos internos del propio sistema democrático. Cómo conservar esos derechos sociales conquistados dentro del capitalismo es en el presente la cuestión de mayor controversia.

Desde los años ochenta hasta hoy han cambiado pocas cosas. Ha quedado claro que una nueva sociedad de clases emergió del mundo digital, “globalizado”, que redujo — si es que no aniquiló— el potencial universalista de las luchas de las clases trabajadoras. Estas empezaron a retroceder cada vez más hacia el interior de las fronteras nacionales para proteger las conquistas históricas del movimiento obrero, “nacionalizando” así las luchas por el salario y el empleo.

La reacción para internacionalizar la tutela financiera ha sido tardía: el capital ha radicalizado sus estrategias de especulación, superando las fronteras nacionales; los trabajadores, de manera reactiva, han llevado la defensa de sus conquistas al ámbito de sus respectivos territorios a través de la forma abstracta de la “defensa de unos derechos” que se han incorporado a las Constituciones nacionales.

Hacer compatibles las luchas democráticas con la globalización financiera, tal como ahora se concibe, no es algo viable mientras no se produzca una internacionalización de la lucha con el objetivo de que los Estados nacionales recuperen sus funciones públicas internas. O sea, más que “ceder soberanía”, como reza la cartilla de la Unión Europea, deberían ajustarse cooperaciones soberanas e interdependientes, con obligaciones y responsabilidades proporcionales.

Resulta evidente, en ese contexto, que incluso las democracias más consolidadas han sido amenazadas por la crisis del sistema financiero global. Es cada vez más clara la incompatibilidad objetiva entre el proceso de enriquecimiento sin trabajo (propia de la actual fase del capitalismo global) con los sistemas sociales democráticos establecidos. Cabe preguntarse si no es lícito abrir un debate honesto sobre las relaciones entre la democracia y el socialismo (y lo que quedó de la socialdemocracia), considerándolos no conceptos herméticos y “cerrados” (o como modos de producción “pre-configurados”), sino más bien tomándolos como ideas reguladoras.

Las disputas ideológicas sobre el futuro de la idea socialista que surgió con las grandes revoluciones y reformas del siglo XX parecen no conmover ya a la izquierda mundial. Con excepción de algunas corrientes autorreferenciales, como los representantes del viejo proletariado del siglo XX —que radicalizan un economicismo tardío a través de viejas ideas, de un “marxismo” cada vez más positivista-naturalista—, los socialistas actuales, diseminados alrededor de los diversos partidos comunistas, socialistas y socialdemócratas del mundo, poco han avanzado en este debate.

De ese modo, la mayoría de estas organizaciones políticas, de forma voluntaria o forzada, se plegaron al poder normativo del capital financiero.

Mi tesis es que el debate no se promueve por dos motivos fundamentales: primero, porque la dirección de los Gobiernos de estas izquierdas se enfrentan a la cuestión de la gobernabilidad democrática a partir de acuerdos bastante amplios con aliados a los que este tema les pondría los pelos de punta; y segundo, porque las tareas de gobierno tienden a sustituir la reflexión teórica por la necesidad empírica de “resolver las cosas”.

Pero resolverlas para responder a exigencias que son ajenas a la “construcción de la igualdad” o, incluso, a un sistema neosocial-demócrata. La vieja socialdemocracia está sin respiración en Europa y el socialismo no existe ya en ningún lugar de Occidente, salvo que se considere como tal el de Cuba.

Hay, sin embargo, una razón de fondo que oculta las dos citadas anteriormente y que provoca pasividad y silencio en la cultura socialista de izquierda en la actual coyuntura mundial: es el rechazo, consciente o inconsciente —por incapacidad u opción— de abordar la cuestión de la igualdad social junto a la cuestión democrática.

Con este ejercicio se manifestaría claramente la dificultad, hoy, de mantener las bases electorales mayoritarias para “soportar” un régimen económico-social que tendiese fuertemente a suprimir desigualdades a través de una distribución socialista, dentro de la democracia política y con elecciones periódicas. El casino neoliberal ha conseguido formar una sociedad que es dueña de una cultura mayoritariamente contraria a la igualdad y a la solidaridad social.

Queda claro por qué la social-democracia típicamente moderada y reformista —que asumieron los Gobiernos de izquierda en este período— retrocedió en la cuestión de la “utopía socialista” para preservarse en la cuestión de la “utopía democrática”. Abdicó, así, de la idea de la “igualdad” en el interior del proyecto democrático —siempre presente en las diversas propuestas socialistas y reformistas históricas— para asumir la idea de “fraternidad” en abstracto, presente en la idea de solidaridad genérica contenida en el Estado social de derecho.

Esta fraternidad solo funciona en el sistema global actual como exigencia de renuncia para los “de abajo”. No como sacrificio compartido con los “de arriba”. Y funciona, en momentos de bonanza, como distribución limitada de recursos “para los de abajo” (a través del salario u otras prestaciones sociales) y como acumulación ilimitada de riqueza para los “de arriba” (a través del lucro y de la especulación financiera). Esta contradicción es la que viene generando una incompatibilidad global entre capitalismo y democracia, y es la que lanza una justificada inquietud sobre el futuro de las democracias, incluso en Europa.

Las experiencias socialistas “reales” resolvieron autoritariamente este dilema (de máxima desigualdad aceptable y de máxima igualdad posible) a través de los privilegios regulados en el aparato de Estado y en el partido. Sus cuadros, de esta manera, se fueron liberando de sus compromisos originarios y simulando que la “igualdad verdadera” llegaría “enseguida allí”, en un futuro indeterminado. La

socialdemocracia “de izquierda” —Suiza, Suecia, Dinamarca, Noruega— reguló la “desigualdad máxima” y organizó una economía y unos modos de vida más duraderos que supusieron para sus destinatarios menos renuncias que las experiencias soviéticas.

Puede decirse que ambas experiencias, tanto la socialdemócrata como la socialista durante el siglo XX —independientemente de su legitimidad democrática—, fueron formas específicas de capitalismo (de “Estado” o “mixto”), que promovieron parámetros importantes de igualdad social. Dejaron, sin embargo, abierta la cuestión de una verdadera democracia socialista como modelo universal, en la cual la diferencia entre “máxima desigualdad aceptable” y “mínima igualdad exigible” sea establecida como proyecto universal para un mundo fundado en la paz y en la justicia.

La democracia pierde cada vez más su prestigio frente a los pobres y empobrecidos. El socialismo deja de ser recordado como una utopía posible de igualdad. La izquierda tiene el deber ético de retomar este debate y también esta utopía.

Tarso Genro ha sido ministro de Educación, de Relaciones Institucionales y de Justicia en los Gobiernos brasileños del presidente Lula (2002-2009). Actualmente es gobernador de Rio Grande do Sul por el Partido del Trabajo.

12.- Refundar Europa desde la solidaridad

SIGMAR GABRIEL

17 ABRIL 2012

Europa está ante una encrucijada histórica en la que se decidirá el futuro común. ¿Lograremos dar una respuesta conjunta a la crisis financiera y monetaria, oponiendo reglas a los desencadenados mercados financieros? ¿Conseguiremos, desde la crisis, desplegar una nueva dinámica para una mayor integración europea? ¿O permitiremos, por el contrario, que Europa se deje desmembrar por los mercados financieros, con el peligro de que revivan antiguos nacionalismos y de que Europa se sitúe a sí misma en un limbo político y económico?

Estamos ante un cambio de época. La era del radicalismo del mercado y del neoliberalismo está tocando a su fin. Sus paladines están antes las ruinas de sus propias teorías. Durante casi 30 años han predicado que solo la libertad de los mercados posibilitaría el progreso de la sociedad. Esa fue la doctrina dominante en la política y en la llamada *ciencia económica*. Todo esto se ha derrumbado con estrépito con la crisis financiera de 2009. Los mercados liberalizados y desregulados no han trabajado de forma eficiente, sino todo lo contrario. Quienes difundieron estas fatales creencias en el mercado no eran siquiera economistas, sino teólogos. Han anunciado dogmas de fe y defendido intereses bien concretos, que estaban más allá del bien común.

Como respuesta a estos nuevos desafíos ya no sirven las recetas de entonces. Como socialdemócratas y socialistas europeos sabemos que vivimos un tiempo que exige respuestas nuevas y distintas.

No cabe esperar esas respuestas de los conservadores y liberales de Europa. Ni siquiera ahora quieren darse por aludidos de que han fracasado sus ideas de mercados libres y autosuficientes. Cuando Angela Merkel habla de que lo que hoy se trata es de las “democracias conformes a mercado”, se desenmascara a sí misma y muestra que ella, y sus colegas conservadores, siguen sin entender lo decisivo de este cambio de época. Como socialdemócratas y socialistas europeos afirmamos: necesitamos mercados conformes a la democracia, mercados que se adecuen a una política democrática. Sabemos que Europa es el lugar en el que tenemos que librar de forma conjunta esta lucha política. En esto estriba hoy la gran unidad de los socialdemócratas y socialistas europeos: Europa puede y debe ser el lugar en el que, juntos, domeñemos por segunda vez al capitalismo... en particular, al capitalismo financiero. Lo que necesitamos es una europeización de la economía social de mercado orientada al bienestar a largo plazo de tantos como sea posible, no al beneficio rápido de unos pocos.

Los jefes de Estado y de Gobierno de Europa, predominantemente conservadores, se han dejado manejar durante demasiado tiempo por los mercados. Con reiteradas operaciones de rescate han intentado ganar tiempo, sin atacar la crisis en sus raíces ni poner en su sitio a los mercados financieros.

Y, de forma unilateral, han dado de esta crisis una definición que solo es cierta en algunas partes: por ejemplo, como crisis de deuda de determinados Estados de la UE cuyas finanzas públicas se han descontrolado y cuya competitividad se ha desplomado. En el caso de Grecia, semejante perspectiva podría tener una cierta justificación. En los de Irlanda y España, sin embargo, elude el núcleo del problema. Estos países exhibían, antes de la irrupción de la crisis financiera, unas finanzas públicas ejemplares. Aquí fue sobre todo la crisis financiera internacional la que obligó a ambos Estados a endeudarse masivamente para evitar el colapso de su banca.

Los conservadores y liberales de Europa intentan ocultar esta influencia de la crisis financiera internacional. En vez de sujetar realmente a control a los mercados financieros, en lugar de acometer los problemas estructurales de la eurozona a través de una política económica, financiera y social coordinada de forma efectiva, Europa se somete a un único dictado de ahorro, que no es ni económicamente racional ni socialmente justo. Bajo un nuevo signo, los conservadores y liberales europeos mantienen con vida las ideas y conceptos neoliberales que han fracasado con la crisis: en la medida en que los mercados financieros pueden seguir desarrollando su juego especulativo y en la medida en que los Estados se sujetan a un dictado unilateral de ahorro, cuyo resultado es menores servicios públicos, menor justicia social, más privatización y más libertad de mercado. Como socialdemócratas y socialistas europeos queremos una política distinta para Europa. Queremos conjugar solidez financiera con solidaridad europea, disciplina presupuestaria con crecimiento y empleo.

1) El pacto fiscal europeo es un paso importante para garantizar unas sólidas finanzas públicas en Europa. Sin embargo, está orientado de forma excesivamente unilateral al ahorro y a la austeridad. Por ello queremos que se complemente con un impulso conjunto europeo hacia el crecimiento y el empleo.

2) Queremos que los mercados financieros sean sometidos a reglas claramente más estrictas y que participen de los costes de la crisis mediante un impuesto a las transacciones financieras. Los fondos de este impuesto podrían ser aportados a un programa económico y de innovación, una especie de Plan Marshall europeo del que tendría que beneficiarse sobre todo Europa meridional.

3) Queremos que a Europa se le dé una fuerte orientación social: a través de una iniciativa común contra el desempleo juvenil, que ha alcanzado en algunos países niveles preocupantes, a través de un estándar social mínimo y salarios justos en toda Europa. Queremos luchar por que las personas vuelvan a tener esto presente: Europa es una comunidad que protege a ciudadanas y ciudadanos.

4) Y sabemos también que Europa, en la crisis, tiene que seguir avanzando en la integración y requiere unos fundamentos democráticos aún más sólidos. Como contrapeso a la política de cénaculo de los jefes de Estado y Gobierno en las cumbres de la UE, el Parlamento Europeo debe convertirse en el lugar central de la decisión política y la democracia europea.

Cuando se habla hoy de Europa, se hace cada vez menos en relación a la paz y la reconciliación, la libertad y la emancipación, y más con conceptos de la economía financiera de mercado: fondo de rescate, mecanismo de estabilidad o endeudamiento. El discurso sobre Europa, que anteriormente era un discurso de ideas políticas, se desarrolla hoy cada vez más en el vocabulario de los gestores empresariales. ¡Pero no podemos dejar a Europa en manos de los gestores de empresas!

Porque Europa es mucho más. Más que el euro, más que un mercado común. Más también que los tratados e instituciones que hoy mantienen unida a la Unión Europea. Europa es también, y sobre todo, una grandiosa idea de coexistencia de personas y pueblos. Refundar este contrato social de ciudadanas y ciudadanos, en diálogo y alianza con los grupos sociales y los socios de la Unión, es una de las grandes tareas a las que puede y debe dedicarse la socialdemocracia en Europa. Europa como comunidad protectora y representación de los intereses de las ciudadanas y ciudadanos en el mundo de mañana: esa es la imagen que del futuro de la nueva y distinta Europa del siglo XXI tenemos nosotros, socialdemócratas y socialistas.

Sigmar Gabriel es el presidente del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD)

Traducción de Jesús Alborés

13.-Una Cuarta Vía para la socialdemocracia?

CARLOS MULAS-GRANADOS

20 ABRIL 2012

Desde hace tres años, los pensadores y políticos ligados a la Tercera Vía discuten la manera de superar aquel paradigma, ante la convicción de que las victorias electorales sólo llegarán de la mano de una nueva refundación ideológica. Algunos de esos autores han participado en el debate que este diario viene alimentando sobre el futuro de la socialdemocracia, y la realidad es que las aportaciones se están multiplicando desde que los progresistas están en la oposición en la gran mayoría de las democracias avanzadas. De momento, predominan los diagnósticos y escasean las nuevas ideas. Así que, aun a riesgo de ser criticado, optaré en este artículo por exponer los elementos que en mi opinión podrían empezar a formar parte de una Cuarta Vía para la socialdemocracia.

Comencemos por el punto de referencia: la Tercera Vía fue una evolución ideológica de la izquierda que en los años 90 obtuvo sucesivas victorias electorales, con propuestas que adaptaron el programa progresista excesivamente dependiente del Estado a la globalización económica y al individualismo social. Aquella opción supuso una alternativa real al socialismo del siglo XIX y la socialdemocracia de mediados del XX, aunque también tuvo sus detractores porque se movía aún más al centro, se acercaba a los mercados y abogaba por reformar el Estado sin prejuicios. Su máxima era que había que actualizar los medios de forma permanente para conseguir los fines de las fuerzas progresistas en un entorno que ahora cambia a toda velocidad. La apuesta estuvo bien, y esa lógica sigue vigente, pero su capacidad transformadora fue limitada y la crisis financiera terminó definitivamente con algunos de sus mejores discípulos. Desde entonces, la necesidad de renovación ideológica de la izquierda es aún más profunda, y creo que la socialdemocracia puede entrar en una cuarta fase hegemónica si hace tres cosas: incorpora nuevos valores, moderniza sus programas y amplía su campo de acción.

En relación con los valores, la preferencia de los socialdemócratas por la igualdad, como mejor garantía para el disfrute pleno de la libertad individual ha de ser complementada. La igualdad y la solidaridad entre personas distintas se está debilitando con la modernidad, y por eso hay que hacer un nuevo esfuerzo por vincularla más a la condición humana que todos compartimos y menos a la clase social a la que pertenecemos. Al difuminarse la frontera entre asalariados y autoempleados, entre ejecutivos y accionistas, o entre emprendedores y empresarios, la empatía no puede construirse sobre la base de lo que cada uno hacemos (porque eso varía con el tiempo) sino sobre la base de lo que somos y sobre la aspiración compartida de un futuro mejor. Por tanto, el humanismo y la sostenibilidad deben colocarse de nuevo en el centro del esquema de valores progresista.

Respecto a los programas, estoy convencido de que los progresistas no recuperarán su credibilidad como gestores políticos si no son capaces de poner sobre la mesa un paradigma socioeconómico distinto. Y no debe ser una utopía irrealizable. La gente va a seguir respondiendo a incentivos económicos, y va a preferir lo barato frente a lo caro, acumular frente a pedir. Por ello, ese nuevo paradigma debe ser tan eficaz como el actual en la generación de bienestar material, pero más solvente a la hora de proporcionar felicidad, sostenibilidad y estabilidad. El modo actual de producción y consumo de bienes y servicios tiene tres problemas: genera residuos, genera pobreza y genera burbujas. Y los remedios que se han venido intentando *ex post* para resolverlos (como el reciclaje, la redistribución o la reestructuración) terminan siendo a veces ineficaces y casi siempre muy caros. Por tanto, la nueva economía tiene que abordar estos problemas *ex ante*, convirtiendo las industrias medioambientales y

sociales en motores mismos del proceso productivo, con capacidad para generar bienes deseados por la población, que se puedan comprar y vender: los coches eléctricos o las escuelas infantiles son dos buenos ejemplos en esa dirección.

Junto a un nuevo paradigma económico, la socialdemocracia de cuarta generación tiene que proponer un nuevo tipo de sociedad, donde la dicotomía entre Estado y mercado no lo ocupe todo, y donde el espacio para los compromisos de los ciudadanos con su espacio comunitario sea mucho mayor. Esa debería ser una sociedad en la que clasificar a los individuos en función de tipologías sería mucho más complicado: los parados podrían combinar prestaciones con empleos en prácticas; los pensionistas podrían realizar actividades productivas; y los estudiantes podrían trabajar por horas, y viceversa. En esa sociedad, las acciones individuales positivas para la comunidad, como el voluntariado, la donación o el asociacionismo podrían sumar puntos en un carnet de ciudadanía. Y en todo caso, la lógica que movería ese tipo de sociedad híbrida sería la voluntad de generar oportunidades permanentes de superación personal para todos sus integrantes. La creación de un fondo para la igualdad de oportunidades recurrentes, que en unas semanas presentará la Fundación Ideas, podría ser una buena iniciativa en esa dirección.

Por último, me referiré a lo que considero el punto más importante de esta cuarta vía socialdemócrata, la internacionalización de su ámbito de acción. El abandono del Estado-nación, la creación de una democracia global, el establecimiento de un gobierno para la economía internacionalizada y la introducción de una administración compartida para los bienes públicos globales, deben dejar de ser asuntos marginales de la agenda progresista, para convertirse en su apuesta principal. Al mismo tiempo, la globalización de la democracia será insuficiente, si no se profundiza y mejora su funcionamiento. Por ello, me parece fundamental complementar la clásica división de poderes (ejecutivo, legislativo y judicial) que ordena la arquitectura institucional de los Estados modernos con la incorporación del poder mediático y el poder financiero. La financiarización de la política o la mediatización de la justicia, son problemas en los que no pensaron los ilustrados del siglo XVIII, pero que deben abordarse sin dilación. Si de verdad aspiramos a mejorar la forma en la que gobernamos nuestras sociedades, esos dos poderes tienen que integrarse plenamente en el sistema en que ya están integrados los otros tres poderes democráticos.

En definitiva, creo que hay más elementos para avanzar hacia una Cuarta Vía de la socialdemocracia que los que motivaron el surgimiento de la Tercera Vía. Esa evolución no consistiría en una decisión sobre si girar al centro o a la izquierda, sino en apostar por dar un salto hacia adelante. Sería una apuesta radical de progreso, en el sentido estricto de superar los intereses creados, los prejuicios establecidos y asumiendo el riesgo de avanzar y rectificar cuando sea necesario.

Esa Cuarta Vía sumaría a los valores de libertad e igualdad el de la sostenibilidad; complementaría la aspiración de bienestar material con la felicidad que provoca la calidad medioambiental y la seguridad que garantiza la cohesión social. En términos prácticos, los programas electorales de los partidos que apostaran por esta opción ofrecerían un programa económico distinto al de la derecha liberal. Un programa en el que el impulso a sectores innovadores como las energías renovables, la biotecnología, las industrias culturales o las industrias sociales se convertirían en motores mismos del nuevo modelo de crecimiento. Un programa que renovarían los instrumentos tradicionales del Estado de bienestar para pasar de re-distribuir rentas a pre-distribuir oportunidades a lo largo de todo el ciclo vital de los ciudadanos. Y un programa que, en último caso, aspiraría a tener el apoyo de electores cosmopolitas de distintas procedencias pero identificados todos ellos entre sí por su compromiso humanista.

En definitiva, puede que la crisis no sirva para refundar el capitalismo, pero si sirve para refundar la socialdemocracia, habremos llegado al mismo lugar por un camino distinto.

Carlos Mulas-Granados es director de la Fundación Ideas y profesor titular de la Universidad Complutense.
www.carlosmulasgranados.com

14.- La socialdemocracia en su laberinto

JOSÉ MARÍA RIDAO

24 ABRIL 2012

No se necesitarían líderes políticos, sino experimentados hechiceros para elaborar, primero, y administrar, después, la pócima reconstituyente que desde diversos ámbitos se viene prescribiendo a la socialdemocracia. Mezclando ingredientes como la reafirmación de los valores tradicionales con excipientes como republicanismo o sostenibilidad, la fórmula magistral promete una pronta recuperación para la socialdemocracia y, por extensión, para las sociedades devastadas por la insensata utopía de la desregulación de los mercados. Quién sabe si semejante pócima llegará a destilarse alguna vez; de momento no pasa de ser un galimatías entre escolástico y farmacéutico que, si bien se mira, solo ha logrado un éxito tan rotundo como desconcertante: forjar una inane lengua de madera, sin otra utilidad que dar cuenta de la crisis de la socialdemocracia.

Los diagnósticos más habituales aseguran que la socialdemocracia está en crisis porque allí donde gobierna pierde las elecciones y donde está en la oposición no las gana. José María Maravall ha demostrado el error de esta percepción, de este diagnóstico, pero no importa: se trate o no de un error, la lengua de madera forjada para dar cuenta de la crisis de la socialdemocracia se ha enseñoreado de la totalidad del espacio público, permitiendo disfrazar como profunda controversia ideológica lo que, a fin de cuentas, no es más que una discusión con pretensiones sobre estrategia y propaganda electoral. Una discusión planteada, además, en términos suicidas. Porque ¿de verdad puede creer alguien, así sea un gurú de la modernidad o un intelectual orgánico encuadrado en un *think tank*, que los partidos socialdemócratas pueden ganar elecciones prometiendo empleabilidad, flexiseguridad, gobernanza global y otros aparatosos modismos frecuentes en la lengua de madera en circulación, que nada explican y que nada resuelven porque, en realidad, no significan nada?

La socialdemocracia no está en crisis; lo que está en crisis es la economía, la política, la cultura y, en fin, la sociedad en su conjunto, tras varias décadas de aplicación intensiva de las políticas inspiradas por la insensata utopía de la desregulación de los mercados. La socialdemocracia, sin duda, no ofrece respuestas. Pero tampoco las ofrecen los partidos que promovieron la desregulación. El monstruo que crearon se ha vuelto contra ellos tanto como contra la socialdemocracia y, en general, contra todos los partidos democráticos, cuya suerte electoral cuando están en el Gobierno es siempre adversa con independencia de su signo político; lo mismo que, cuando están en la oposición, obtienen victorias que se vuelven calvarios en pocas semanas o, peor aún, centrifugan el voto hacia una constelación de fuerzas populistas.

La suerte de estas fuerzas una vez que alcancen el Gobierno, o que se adueñen definitivamente de la agenda política, no será distinta de la que padecen los partidos democráticos. Solo que, a diferencia de los partidos democráticos, las fuerzas populistas no dudarán en manipular las instituciones del Estado de derecho a cambio de ganar tiempo para perseverar en sus promesas. Al final, ni lograrán cumplirlas, ni las instituciones del Estado de derecho que habrán manipulado conservarán la autoridad, ni tal vez la legitimidad, que requiere su función.

Si todos los partidos, absolutamente todos, incluidas las fuerzas populistas, se muestran impotentes para afrontar la crisis actual, que es una crisis de la sociedad en su conjunto, ello quiere decir que la insensata utopía de los mercados desregulados no solo empujó en dirección a la catástrofe, sino que, además, destruyó por el camino los instrumentos ardua y pacientemente elaborados por los sistemas democráticos para evitarla.

El peor error, el error más imperdonable que cometió la socialdemocracia cuando se dejó encandilar por la Tercera Vía y su discurso de la nueva era, el error fatal del que aún no ha logrado desembarazarse, fue avalar la premisa en la que se apoyó la insensata utopía de los mercados desregulados. La globalización, se dijo, era un hecho desencadenado por el avance imparable de las nuevas tecnologías, ante el que solo cabía adaptarse o perecer. En realidad, la globalización no era un hecho sino un programa, y solo en la medida en se iba cumpliendo como programa se iba convirtiendo en un hecho. Un programa que, por lo demás, no se aplicó desde la clandestinidad sino a plena luz del día, con académicos y publicistas repitiendo simples hipótesis hasta hacerlas cristalizar en incontestable ortodoxia, y con los organismos económicos internacionales imbuyéndose de ella y sirviendo de trampolín para proyectarla desde los dos países pioneros, el Reino Unido y los Estados Unidos de la revolución conservadora, sobre el resto.

Antes de convertirse en el hecho que cebó la crisis de la sociedad en su conjunto, la globalización fue el programa de la insensata utopía de los mercados desregulados; un programa que defendía que desregulación y liberalización eran sinónimos, sugiriendo que la libertad surge en ausencia de normas y no en el interior de las normas pactadas, tanto entre Estados como dentro de los Estados mismos; un programa que emprendió la desregulación de los flujos financieros pero no la del comercio internacional y, menos aún, el tránsito de trabajadores entre unos países y otros, generando los desequilibrios que han provocado la bancarrota del casino financiero y reducido a una situación de semiesclavitud a legiones de personas en los países más pobres y también en los más desarrollados; un programa que, para cerrar el círculo de la supuesta inexorabilidad, agitó el fantasma de la quiebra de los Estados de bienestar para terminar cuestionando la viabilidad de cualquier forma de Estado.

Las nuevas tecnologías contribuyeron, sin duda, a multiplicar los efectos de este programa, lo mismo que, llegado el caso, podrían haber multiplicado los de cualquier otro, pero ni fueron su causa ni hacían inevitable su aplicación. Al avalar la premisa de que la globalización es un hecho desencadenado por el avance imparable de las nuevas tecnologías, la socialdemocracia se condenó al contrasentido de aplicar su programa en el interior de un programa ajeno, haciéndose corresponsable del rumbo a la catástrofe emprendido. La lengua de madera con la que ahora da cuenta de su crisis, asumiendo como propia una crisis que es de la sociedad en su conjunto, demuestra que persiste en el peor error, en el error más imperdonable que cometió cuando se dejó encandilar por la Tercera Vía y su discurso de la nueva era.

Pese a su inanidad, la lengua de madera está impidiendo que la socialdemocracia distinga entre los problemas políticos inaplazables y las elucubraciones sobre el futuro del mundo. Del futuro del mundo, ni ahora ni nunca se ha sabido lo bastante. El único conocimiento cierto es de los problemas políticos inaplazables, y entre estos el más inaplazable es el que ha fijado su epicentro en Europa. La Unión es hoy la única zona monetaria donde sigue en vigor la insensata utopía de la desregulación de los mercados, no por una deliberada decisión de los Veintisiete, sino porque la crisis estalló cuando el euro estaba a medio construir. Sin un Banco Central con plenas competencias y una fiscalidad común que lo respalde, los Estados de la eurozona poco o nada pueden contra los mercados desregulados, a los que se enfrentan sin reglas, que fueron abrogadas mientras duró la fiesta mundial, y sin instrumentos, que no han sido creados por la Unión. Primero sucumbió Grecia y más tarde Irlanda y Portugal, y ningún Gobierno en Europa, ni socialdemócrata ni conservador, parece preocuparse de evitar nuevas víctimas, sino de no ser la próxima en la lista.

La socialdemocracia podrá seguir hablando de empleabilidad, flexiseguridad, gobernanza global y otros aparatosos modismos, podrá seguir deambulando por el laberinto de la lengua de madera con la que pretende destilar una pócima

reconstituyente. Mientras no asuma la imposibilidad de aplicar su programa en el interior de un programa ajeno y no distinga entre las elucubraciones sobre el futuro del mundo y los problemas políticos inaplazables, como los que afectan al Banco Central y la fiscalidad común en Europa, no levantará cabeza ni contribuirá a que Europa, y el mundo, también lo hagan.